

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

Dawn Brower



Besos de Copos
de Nieve

Besos de Copos de Nieve

Dawn Brower

Traducido por María Fernanda Ferreira Quiñones

“Besos de Copos de Nieve”

Escrito por Dawn Brower

Copyright © 2018 Dawn Brower

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por María Fernanda Ferreira Quiñones

Diseño de portada © 2018 Monarchal Glenn Press

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenido

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[Besos de Copos de Nieve](#)

[DEDICATORIA](#)

[Besos de Copo de Nieve](#)

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[EPÍLOGO](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO UNO](#)

[ACERCA DEL AUTOR](#)

Contenido

[DEDICATORIA](#)

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[EPÍLOGO](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO UNO](#)

[ACERCA DEL AUTOR](#)

DEDICATORIA

Este libro es para todos aquellos que creen en la magia y en las segundas oportunidades en el amor. Espero que disfruten Besos de Copo de Nieve. Mack y Meghy aman el invierno por motivos propios, y encontraron su felicidad al abrazar la vida y dar un salto de fe. Algunas veces eso es todo lo que se necesita para descubrir lo que quieres y lo que estás dispuesto a hacer para alcanzarlo, solo cree en las posibilidades.

Besos de Copo de Nieve

El color de mi corazón se vuelve azul
Roto por la pérdida de ti
Tú me entendiste
Y todo lo que yo podría ser...
Ningún amor podría ser más real
Que aquel entre tú y yo
Los copos de nieve revolotean alrededor
Con la ausencia del sonido
Los sueños están hechos de
Felicidad y amor
Besos de copos de nieve
Y dicha inquebrantable...
Tú me entendiste
Y todo lo que yo podría ser...

*Las campanas del trineo suenan, ¿estás escuchando?
En el carril, la nieve brilla
Una hermosa vista, estamos felices esta noche
Caminando en un país de maravillas de invierno*

CAPÍTULO UNO

Las decoraciones brillaban con luces resplandecientes en cada poste de luz en la calle principal por excelencia de la pintoresca aldea. Los copos de nieve revoloteaban desde el cielo oscuro mientras caían encima de todo. Las campanas de una iglesia cercana comenzaron a sonar cuando se hicieron las 6 de la tarde. Las personas caminaban por las calles hablando alegremente con entusiasmo por la temporada de vacaciones. Debería haberlo llenado de alegría, pero no fue así. La ciudad dejó una combinación de nostalgia y disgusto en su boca. *¿Qué estoy haciendo aquí?*

Su agente pensó que sería una buena idea regresar a su ciudad natal para relajarse—sanar. Mack Taylor quería hacer otra cosa que no fuera regresar a Suttons Bay. Los recuerdos deberían ser buenos. Su infancia no había sido mala, y hasta los meses antes de irse había amado su ciudad natal. Su éxito había sido su ancla y su manera de demostrar que algunos sueños pueden hacerse realidad. Él no había sido una sensación de la noche a la mañana y tuvo que escalar su camino hacia la cima. Ahora que estaba allí, se negó a ser enviado de nuevo al fondo, esta lesión no sería su perdición.

Caminó lentamente por la calle en dirección a la única posada que se encontraba en la pequeña ciudad: Hillside Homestead. Fue una casa de campo a principios del siglo XX, convertida en una habitación y un desayuno. La propietaria se aseguró de mantenerla acorde al período de tiempo en que fue construida. Ella también resultó ser la tía de Mack, y su único pariente con vida.

Hillside Homestead estaba ubicada justo a las afueras de la ciudad en la cima de una colina elevada. Era empinado para escalar en un buen día, pero en un día nevado era de uno a diez veces peor. Lo había odiado y amado mientras crecía. Cuando era pequeño, era la mejor colina para trineos que se podía encontrar, y un dolor en el trasero cuando era un adolescente e intentaba escabullirse. Su tía lo había atrapado cada una de las veces, y aún él continuaba intentando. Ahora con la herida en su pierna, odiaba la maldita escalada más que nunca. Se detuvo un momento para frotar el dolor en su muslo.

Mack caminó por la nieve hasta llegar al porche delantero. La luz en la cocina lo saludó y le dijo todo lo que necesitaba saber. Su tía estaba en casa, y

probablemente estaba preparando productos horneados para el desayuno del día siguiente. Ella se enorgullecía de su comida casera e históricamente precisa. Él debía entrar y decirle que volvería a casa para Navidad. Ella había estado rogándole por años que regresara, pero él seguía dándole excusas por las que no podía ir. A decir verdad, tenía una razón para mantenerse alejado, y mientras permaneciera en Suttons Bay, se aseguraría de darle a la ciudad un amplio recorrido.

Metió sus manos en los bolsillos de sus jeans y suspiró. Todo lo que tenía con él era su mochila con un par de atuendos, y su billetera. Su agente se había asegurado que no tenía forma de escapar de la ciudad una vez que llegara. Incluso Ben pensó que ya se había recuperado lo suficiente. Mack estaba atrapado en la ciudad en la que había crecido. Ben pensó que le estaba haciendo un favor. Su agente no se dio cuenta que lo estaba forzando a enfrentar fantasmas de un pasado que preferiría olvidar. Se obligó a recorrer la distancia hasta la puerta de entrada y abrirla. El calor lo envolvió inmediatamente una vez que entró. “Tía Rose,” llamó.

“¿Mack?” Ella corrió a la habitación y envolvió sus brazos alrededor de él en un fuerte abrazo. “¿Por qué no me hiciste saber que vendrías? Habría preparado una comida especial o me habría asegurado de que tu habitación estuviera fresca.”

Esa era la única cosa en la que siempre podía confiar: su tía siempre le dejaba una habitación. Si había fracasado en su empeño, sabía que siempre sería bienvenido al redil, hasta ahora.

“No fue planificado,” le dijo. “Estoy en unas vacaciones forzadas.”

La tía Rose retrocedió un paso y lo estudió. “¿Qué sucede?” Ella frunció el ceño mientras lo miraba fijamente. Abrió la boca para explicarle pero no pudo pronunciar las palabras. Ella iba a estar furiosa una vez que él le contara sobre el accidente. No era de conocimiento común. Ben lo había manejado todo para que pareciera que todo estaba bien en el mundo de Mack. Nadie sabía la verdad aparte de Ben y los doctores. La tía Rose colocó sus manos en las caderas y golpeó su pie en el suelo. “Dime ahora,” exigió.

“¿No puedo volver a casa solo para visitar a mi tía favorita?”

“Te crie muchacho,” le reprendió. “No puedes engañarme. He estado rogándote por mucho tiempo que vengas a casa como para creer esa tontería.” Ella inclinó la cabeza y frunció los ojos con suspicacia. “¿Perdiste todo tu dinero y no tienes otro lugar adonde ir? ¿Por qué no escuché un automóvil detenerse?”

La tía Rose no iba a dejar pasar nada de eso. Él tendría que confesar y terminar de una vez. “No conduje hasta aquí.” Esa era la verdad. “Mi conductor me dejó en la ciudad. Quería caminar por las calles y ver qué había cambiado desde la última vez que estuve aquí.” No del todo verdad... Había querido tener un poco más de tiempo para sí mismo antes de enfrentarla. Aún no estaba seguro de qué haría o diría a nadie más en esta visita.

“¿Cuánto tiempo te quedarás?”

Esa era la parte difícil. Realmente no sabía cuánto tiempo Ben lo iba a dejar atado en Suttons Bay. “Tanto como me tolere.”

“Entonces nunca te vas a ir otra vez,” ella le dijo sin expresión. “Funciona para mí. Podría usar un par de manos adicional para ayudar aquí. Algo necesita ser arreglado siempre.”

Se rio. “Ponme a trabajar si lo necesitas.” Algunas cosas nunca cambiaron, y otras no pudieron evitar evolucionar a algo nuevo. Al menos Hillside y su tía siempre serían algo con lo que él podría contar. Realmente debió haber regresado mucho antes de lo que lo hizo.

“¿La has visto?” La tía Rose preguntó.

“¿A quién?” Fingió no saber de quién le estaba hablando. Especialmente porque desde el momento en que le hizo las preguntas, imágenes de ella flotaron por su mente. Su cabello dorado canela y sus ojos de color miel, esos agradables labios rojos y su cuerpo delicioso. Él la amaba desde que tenía 5 años, y ella había sido su mejor amiga. Mack nunca podría olvidarla, ni perdonarse a sí mismo por lastimarla hace tantos años.

“No te hagas el tonto,” la tía Rose lo acusó. “Ya pasó el tiempo, ella te ha perdonado. Deberías perdonarte a ti mismo e ir a verla.”

“No puedo,” respondió tristemente. “Algunas cosas no deberían ser perdonadas.”

Cerró sus ojos y luchó contra las emociones enterradas durante mucho tiempo. Eran difíciles de controlar en medio de los recuerdos que lo bombardeaban. Quizá debería decirle a su tía la verdad. Si ella supiera la toda la historia, no lo estaría empujando hacia su antigua amiga.

“No lo creo y en el fondo tú tampoco,” le dijo suavemente. “Meghy te ama.”

Mack tampoco quería pensar en eso. El dolor era demasiado y lo apuñaló en su corazón roto. En ese momento tomó una decisión rápida. “Hay algunas cosas que no te he dicho.”

“¿Oh?” Ella levantó una ceja. “De alguna manera eso no me sorprende. Sígueme a la cocina y cuéntame qué está pasando en tu vida. No imaginé que esta era una visita sin trabas.”

Mack hizo lo que ella le dijo y se arrastró detrás de ella. Ella se dirigió a un mostrador y comenzó a amasar una masa que había dispuesto. El silencio era su manera de decirle que ella lo escucharía una vez que él decidiera hablar. Su tía lo había acogido después de que sus padres murieron en un extraño accidente cuando él tenía cinco años. Él la conocía tan bien como ella a él. Tenían un vínculo que se formó sobre el dolor.

“No he estado durmiendo bien.” Desde que dejó Suttons Bay años antes, no había podido dormir más de tres o cuatro horas a la vez. Los sueños lo perseguían cada vez que cerraba los ojos. “El doctor me recetó algo para ayudarme con eso.”

“Probablemente todas esas noches cantando ante grandes multitudes de fanáticos gritando.”

Podría ser parte de eso. Él tenía una atracción natural por la atención que sus fanáticos le daban. No había nada como eso y nunca sería capaz de explicarlo. Amaba lo que hacía y siempre quería cantar, pero la carrera que eligió no era la razón por la que no podía dormir. Él no se lo explicó a su tía. Había algo más que ella necesitaba saber. “Empecé a caminar dormido, las drogas me hacían cosas raras. No tengo recuerdos de nada, y sin las cámaras de seguridad alrededor de mi casa no tendría ninguna pista sobre eso.”

Ella dejó de amasar la masa y lo miró. “¿De verdad? Eso debe haber sido extraño.”

Él asintió. “No pensé mucho sobre eso. La mayoría de las veces era algo inofensivo... Podía despertarme en el sofá cuando me dormía en la cama, o en el piso de mi estudio, entiendes mi punto.”

“Lo hago,” estuvo de acuerdo. “¿Cambió algo que te haga preocupar?”

“La última vez no fue tan inofensivo...”

Su tía no perdió el ritmo y preguntó: “¿Qué pasó?”

“Hubo un accidente...”

Su sonambulismo había pasado a la conducción. Él no tenía ningún recuerdo sobre eso y no había una cinta de vídeo para ayudarlo a resolverlo. Afortunadamente, no había lastimado a nadie más que a sí mismo en su estado inducido por las drogas. Había logrado conducir su auto contra un árbol de su propiedad. El jardinero lo había encontrado al día siguiente. El hueso de su

pierna izquierda se había roto en tres lugares. Había necesitado tres cirugías y varios yesos mientras se curaba durante meses.

“¿Estabas herido y no me dijiste?”

“Lo siento...” Cerró sus ojos y respiró profundo. “Estaba avergonzado.”

“Por favor dime que ya no estás tomando esas pastillas para dormir.”

“No he tomado ninguna desde ese incidente.” Eso lo había asustado sin sentido. “Tampoco he podido hacer gran cosa durante meses. Me temo que he perdido toda mi inspiración y se supone que estoy grabando un nuevo álbum.”

“¿Es por eso que estás aquí?”

Ben pensó que era hora de enfrentar a sus demonios de una vez por todas. Si pudiera exorcizarlos, tal vez podría volver a su música. Si no, su carrera estaba terminada. Él no quería ver a Meghy. Había esperado evitarla por el resto de su vida. Desafortunadamente, el destino tenía otros planes para él. Tendría que hacer las paces con ella y esperar que la tía Rose tuviera razón. Si ella ya lo había perdonado, estaría un paso más cerca de encontrar su motivación para crear música de nuevo.

“Eso es lo que espero...”

“Entonces quédate todo el tiempo que quieras. Tal vez el problema es que dejaste a tu musa aquí cuando te fuiste.”

Mack esperaba que no, de lo contrario estaba condenado. Si necesitaba a Meghy para volver a producir, tal vez nunca volvería a hacerlo. Estaría atrapado para siempre en el vacío en el que se encontraba. Por la mañana la buscaría y decidiría su próximo movimiento. Hasta entonces se acomodaría en Hillside.

“¿Necesitas ayuda con eso?” Hizo un gesto hacia la masa.

“No,” dijo ella y luego lo ahuyentó. “Ve a tu habitación y descansa. Mañana hablaremos más.”

Él asintió e hizo lo que ella le indicó. De repente, toda la energía dentro de él se escapó. El resto sonaba bastante maravilloso. Si tan solo él pudiera dormir...

*Se fue el pájaro azul
Aquí para quedarse está un pájaro nuevo
Él canta una canción de amor a medida que avanzamos
Caminando en un país de maravillas de invierno*

CAPÍTULO DOS

Meghy Watkins miró su computadora y suspiró. El agotamiento se había convertido en una parte permanente de su vida y no le gustaba. ¿A quién le gustaría? De alguna manera se las había arreglado para trabajar demasiado y no encontró alivio a la vista. Ella se lo hizo a sí misma, y lamentablemente no parecía poder detenerse. Trabajaba incansablemente todos los días cuando podría haberse tomado un descanso o incluso unas pequeñas vacaciones hace meses. No tenía que trabajar tan duro como lo hizo cuando comenzó, y sin embargo, siguió manteniendo el mismo ritmo vigoroso con el que había empezado al principio.

Su carrera como escritora había sido una broma. Algo que hacer mientras estaba sentada junto a la cama de su madre mirándola, rezando para que abriera los ojos. Su madre había estado en un accidente hace varios años. Uno por el que se culpaba a sí misma. Eso la había dejado en coma con muy pocas señales de despertar. El primer año habían sido optimistas, pero luego tuvieron que enfrentar la realidad. Los médicos no tenían ninguna esperanza de que su madre se despertara alguna vez, y tuvieron que tomar algunas decisiones.

Al principio ella había vertido todos sus deseos y sueños en sus libros. Esas novelas románticas contenían todo lo que ella había querido de la vida, pero no creía que alguna vez lo hubiera tenido. Después del accidente de su madre, su vida dio un drástico giro en formas que ella nunca había imaginado. Tenía la esperanza de ir a Nueva York y convertirse en una excelente periodista. Quería investigar escándalos y sumergirse en el mundo político. En cambio, se había quedado en casa y había escrito novelas románticas. Algunas veces era necesario cambiar los planes y Meghy estaba agradecida de alguna manera. Le encantaba escribir y no importaba si era una novela romántica o un artículo mordaz en un periódico. Siempre que pudiera unir palabras y crear su propia obra maestra ella siempre sería feliz.

Como autora, ella podría trabajar desde cualquier parte y, sin embargo, nunca dejó Suttons Bay. Algún día tal vez ella sería una de esas escritoras glamorosas que viajaban a lugares exóticos para tejer sus historias. Desafortunadamente, ella no estaba lista para explorar el mundo y encontró seguridad en los confines de su ciudad natal.

Ella necesitaba un descanso... Algo para despertar su imaginación.

De lo contrario, la escena actual en la que estaba trabajando no se convertiría en la magia que debería ser. Por mucho que odie dejar la comodidad de su acogedor departamento, a veces tenía que ponerse un pantalón y aventurarse al mundo real. Vader, su quisquilloso gato negro, se frotó la cara en su pierna. Sus ronroneos resonaron en la habitación y eran tan fuertes que imitaban el zumbido de una aspiradora.

“Hola gatito,” dijo Meghy mientras se inclinaba para rascarle detrás de sus orejas. “¿Quieres atención?” Sus ronroneos se volvieron aún más fuertes cuando ella lo acarició. “Te gusta eso, ¿no?”

¿En qué se estaba convirtiendo el mundo? Hablaba con su gato de forma regular en lugar de hablar con gente que respiraba de verdad. El Internet no contaba. Era muy fácil esconderse detrás y pretender que tenía el coraje de interactuar socialmente. Ella nunca había sido una mariposa social, pero al menos algunos años antes había sido más fácil. Por supuesto, eso fue en gran parte porque su mejor amigo había sido bueno con la gente. Su estrellato actual dice mucho. Él prosperó en una multitud y amaba estar cerca de los demás. Así que arrastró a Meghy con él.

Lo extrañaba...

Al principio ella lo había culpado por lo que se le pasó a su madre. Pero realmente nadie tuvo la culpa. Ella solo necesitaba a alguien para arremeter en su contra y Mack había sido un buen objetivo. Eso había destruido su amistad y no había hablado con él en años. Ella siguió su carrera y lo aplaudió cuando no solo ganó millones de fanáticos, sino también un Grammy. Él era una verdadera estrella, y ella era una luchadora. Ella tuvo su propio éxito, pero fue más tranquilo y le satisfizo más. Hubiese odiado ser el centro de atención.

Por costumbre, movió el mouse hacia la barra de búsqueda y tecleó su nombre, luego frunció el ceño ante el titular: Mack Taylor ausente del mundo de la música. Hizo clic en él y lo leyó de arriba hacia abajo. Él no había sido visto en meses, y había cancelado su próxima gira. ¿Qué estaba ocurriendo con él? Se mordió el labio inferior y se preocupó por su amigo. Deseó no haber perdido contacto con él y poder llamarlo. ¿Por qué lo había rechazado hace tantos años?

Meghy hizo clic en una foto suya, así que se expandió por el monitor. Era tan guapo como ella lo recordaba. Su cabello castaño oscuro estaba desordenado en la imagen y sus ojos azul océano la llamaron. Lo había amado en secreto la mayor parte de su vida, pero creía que no tenía la oportunidad de

ser algo más que amigos. Su corazón se rompió cuando supo que se había ido. Ella le había hecho eso a él, a ellos. Se había ido sin mirar atrás y sin molestarse en decir adiós. Lo había perdido para siempre y no había nada que pudiera hacer para cambiar eso. Ella lo hubiese hecho si fuera posible.

Suspiró y minimizó la pantalla. Mirar su foto no iba a cambiar nada. Era hora de salir de su estado de ánimo melancólico y enfrentar la realidad. Esa no era la manera de vivir su vida y tenía que hacer algunos cambios. Comenzando por salir de su casa y dar un paseo por la ciudad; una vez allí, podría ir a la cafetería y tal vez interactuar con algunos lugareños.

Resignada, Meghy se preparó para su salida. Se vistió con un pantalón de mezclilla, un suéter rojo largo y unos botines marrones. Luego se puso su abrigo de invierno color canela, un sombrero blanco a juego con la bufanda y los guantes. La temporada de invierno en Suttons Bay no era momento para olvidar el atuendo necesario. La nieve iba a caer en cubos cuando no prestaba atención. Se preparó y luego se fue de su casa, rezando para no arrepentirse de su decisión.

Mack metió las manos en los bolsillos de su abrigo de cuero. Maldita sea, había olvidado lo frío que se ponía en invierno. Vivir en la costa oeste lo había echado a perder. No había pensado siquiera en comprar guantes o una bufanda. Afortunadamente, su tía le dio un sombrero para que sus orejas no se congelaran mientras caminaba a través del viento amargo. El lugar al que se dirigía apareció a la vista. *Which Brew* era el lugar de reunión local según su tía. Tenían el mejor café y varias mezclas diferentes para elegir. El propietario era uno de sus amigos cercanos, y Mack le había prestado el dinero para comenzar su negocio hace unos años. La primera ubicación fue en Los Ángeles, pero Carl también tuvo la idea de abrir uno en su ciudad natal. Hasta ahora parecía ser un éxito. Carl viajaba periódicamente de regreso a Los Ángeles para comprobar la tienda de allí, pero decidió mudarse de vuelta a Suttons Bay hace unos meses. Mack extrañaba poder visitarlo regularmente. La única cosa buena de estas vacaciones forzadas era poder ver a Carl.

Abrió la puerta y se dirigió al mostrador. Su amigo estaba manejando una de las máquinas de espresso con habilidad. Una de las baristas vino hacia él y sonrió: “¿Puedo ayudarlo?”

La chica no lo reconoció. Mack estaba agradecido por eso. No quería que ninguna persona hiciera un alboroto por estar allí. La mayoría de los lugareños lo conocerían y no le darían tanta importancia a su presencia. Algunos, sin embargo, lo verían como una oportunidad de explotar su fama para su beneficio. Él preferiría evitar a esos tipos si pudiera. “Tomaré una taza normal de café negro, la mezcla no importa.”

“No seas ridículo,” dijo Carl. “Ese es el punto de esta tienda.”

Mack sonrió. “No he tomado una taza de café en tu tienda que no me haya gustado. Confío en tus habilidades para hacer café.” Hizo hincapié en el final de la última palabra para hacer que destaque.

Carl puso los ojos en blanco. “Bien. Te prepararé una taza y te daré el trato personal. ¿Qué te crees que eres? ¿Mi amigo o algo?”

“Quizás.” Respondió Mack jovialmente. “El único que tengo.”

“Toma asiento y me reuniré contigo en un momento.”

Mack asintió con la cabeza hacia Carl y encontró una mesa vacía en la esquina. No tenía muchas ganas de socializar y si encontraba una más cerca de la puerta o en el centro de la habitación, podría tener que hacerlo. Todavía no había reunido el coraje para ir a visitar a Meghy. Carl se unió a él con una taza humeante en cada mano. Colocó una en frente de Mack y luego tomó el asiento vacío. “¿Qué estás haciendo en Suttons Bay? Creí que habías jurado nunca volver aquí.”

Había dicho algo al respecto una vez. “Ya era hora.”

“Solo así lo decidiste. Algo cambió. ¿Quieres decirme qué?”

Mack negó con la cabeza. “Es solo lo que dije. Necesitaba exorcizar algunos demonios. Ha estado afectando mi trabajo y es hora de que deje de ignorar mis errores.”

“¿La has visto?”

La pregunta del millón de dólares... “No,” dijo. No se podía negar de quién estaba hablando Carl.

“¿Vas a hacerlo?”

“Ese es el punto, ¿no?” Él había regresado a casa para reconocer sus errores del pasado y, con un poco de suerte, lograr mantener su cabeza recta. “Es cierto que no estoy deseando hacerlo, pero le debo a ella hacer lo único que no pude hacer hace años.”

“Ella se mantiene sola y no viene mucho a la ciudad. Puede que tengas que ir con ella si quieres verla.”

“Si eso es lo que se necesita...” Se tragó el nudo que crecía en su garganta. ¿Por qué esto tiene que ser tan malditamente difícil? “Iré a su casa. Preferiría que sea en público, así ambos podríamos escabullirnos si es necesario.”

La canción reproducida por los altavoces de la cafetería cambió de una melodía feliz a una lenta canción de amor. Una que Mack había escrito desde un lejano recuerdo sobre Meghy. Ella no lo sabía, nadie lo sabía. Pero le apuñaló en el corazón y le desangraron emociones que había mantenido embotelladas. La campana sobre la puerta de la tienda tintineó. Mack volteó para ver quién entraba y perdió la capacidad de respirar. Era ella... Su cabello color canela estaba enterrado debajo de un gorro blanco como la nieve, pero no se podía contener. Los rizos habían escapado y flotaban sobre su espalda y su rostro. Él estaba paralizado, incapaz de mirar hacia otro lado. Con la canción sonando por encima de la cabeza y ella de pie delante de él, no podía pensar ni mucho menos respirar.

“Mack.” Carl le tocó el brazo. “Esta es tu oportunidad.”

Meghy se giró y se encontró con su mirada. Sus ojos de color miel eran tan hermosos como él recordaba y se llenaron de sorpresa cuando el reconocimiento se apoderó de ella. Casi podía ver el momento en que ella decidió dar la vuelta y correr. Cuando giró sobre sus talones para salir por donde había venido, él se puso en pie de un salto y fue tras ella. Él había venido a verla y podría doler, pero ambos tenían algunos malos recuerdos por resolver. Era hora de que él se levantara y la enfrentara a ella, y las cosas que le había hecho. Él había sido un amigo horrible al final. Mack le debía más de lo que ella entendía. Si no fuera por ella, él no sería nada...

Abrió la puerta y salió al frío. Ella ya había ganado una buena distancia, pero él sabía hacia dónde se dirigía. Había un solo lugar al que iría, y él tomó un ritmo pausado para seguirla. Ella necesitaba tiempo para aclimatarse a su presencia. Para cuando la alcanzara, ella podría estar lo suficientemente calmada como para tener una conversación casi normal con él. Esperaba que estuviera haciendo lo correcto...

*En el prado podemos construir un muñeco de nieve
Entonces pretender que él es Parson Brown
Él dirá: “¿Están casados?”
Nosotros le diremos: “No, hombre”
Pero puedes hacer el trabajo cuando estés en la ciudad.*

CAPÍTULO TRES

Meghy salió corriendo de la tienda tan rápido como sus piernas le permitían. Él había estado allí... Ella no hace mucho tiempo había deseado poder contactarlo, luego cuando se enfrentaba a hablar con él, había entrado en pánico y había huido. Qué cobarde se había vuelto. Hubo un tiempo en el que Mack habría sido la primera persona a la que hubiese corrido. ¿Cómo podía haber dejado que las cosas fueran tan lejos como lo habían hecho?

Se detuvo frente a un prado en el que había jugado a menudo de niña. A lo lejos había un parque local y detrás la bahía que conducía al lago. Por supuesto que ella había venido aquí. Ese era uno de los lugares favoritos de ambos. Cuando pensaba en Mack, a menudo se imaginaba este lugar. Él había sido una parte tan importante de su vida desde que ella podía recordar.

“Meg,” gritó Mack en la distancia. “¡Espera!”

Ella cerró sus ojos y regresó a un tiempo más feliz, uno casi similar al que estaba. Él le había gritado, su risa hacía eco en el viento.

Meghy se agachó para evitar la bola de nieve que venía volando hacia ella. Golpeó su nuca y el agua goteó por su cuello debajo de su abrigo hacia la mitad de su espalda. Ella se estremeció por el frío helado y no vio la siguiente bola de nieve que venía volando hacia ella. La golpeó en la cara tomándola por sorpresa. Se secó la cara y se volteó para mirarlo. “Vas a pagar por eso.”

Se arrodilló e hizo una rápida bola de nieve y la lanzó a una velocidad récord. Ella falló, por supuesto, él había tenido la advertencia justa de lo que ella estaba planeando. Avanzó lentamente mientras arrojaba la bola de nieve. Una vez que se estaba agachando, ella corrió hacia él y lo derribó al suelo. Golpeó la superficie fría con un ruido sordo. Ella estaba tumbada encima de él, algo que no había planeado en absoluto. Él rodeó sus brazos alrededor de su cintura y rodaron hacia un lado.

“Te atrapé,” él le susurró. Su aliento caliente acarició su mejilla. Su corazón latía rápidamente dentro de su pecho. Ella no había contado con esto, con él tan cerca. “¿Qué vas a hacer ahora?”

Ella quería besarlo, pero no se atrevió. Se suponía que él era su mejor amigo. Claro que se habían abrazado, incluso se habían tomado de la mano una vez. Cuando las cosas eran más inocentes entre ellos y nadie se creía el

más sabio... Meghy lo amaba con todo su corazón y no tenía idea de qué hacer con esos sentimientos. Él no la veía de esa manera.

“Déjame ir,” dijo moviéndose en sus brazos.

“Qué divertido sería eso,” él bromeó. Sus mejillas estaban rojas por el frío, y sus labios eran una tentación contra la que ella luchaba. “Me gusta que estés donde estás.”

¿Qué significaba eso? Su respiración se volvió entrecortada. Se dijo a sí misma que era a causa de su lucha para liberarse, pero eso era mentira. Fue la proximidad a Mack. A veces la hacía un lío, y esta era una de ellas. Habían sido amigos desde que tenían cinco años. No mucho había cambiado en los últimos doce años. Este era su último año de escuela secundaria y en unos meses dejarían Suttons Bay para siempre. Él planeaba irse a Los Ángeles para probar suerte en la escena musical, y ella quería ir a Nueva York y asistir a la universidad. Estarían en lados opuestos del país. Ella se temía el momento en el que estarían separados.

Él hizo algo que ella nunca habría esperado en un millón de años. Se acercó y presionó sus labios en los de ella. Chispas se encendieron dentro de ella y se extendieron como un fuego rápido. Su cuerpo entero se calentó desde adentro y su beso hizo que deseara cosas que nunca creyó posibles. Él levantó la cabeza y se encontró con su mirada. Sus ojos eran como fuego azul y encendieron uno nuevo en el fondo de ella.

“Meghy,” su voz era ronca y tragó saliva. “Di algo.”

Ella negó con la cabeza y él gimió. Las palabras le fallaron y ella siempre había sido buena con ellas. ¿Qué podría decir?... La había dejado completamente sin palabras.

Rodó lejos de ella y comenzó a formar una bola de nieve. ¿Realmente tenía la intención de arrojarle eso? ¿Después de lo que acababan de compartir? “¿Qué estás haciendo?”

“Construyendo un muñeco de nieve,” afirmó con naturalidad.

“¿Por qué?,” preguntó ella, desconcertada por su razonamiento.

“¿Nunca has escuchado la canción?”

¿Se había golpeado la cabeza cuando ella lo tiró al suelo? ¿Qué canción? “Me temo que me he perdido.” Ella quería hablar con él acerca del beso, no de una tonta canción. La música era lo suyo, no lo de ella.

“Parson Brown,” respondió. “Podemos fingir que nos casamos, y mucho más tarde hacerlo de verdad cuando él esté en la ciudad.” Él guiñó un ojo. “He manchado tu honor y debo hacer lo correcto.”

Él se había golpeado la cabeza. No había otra explicación. Ella se puso de pie y se unió a él. “Si insistes en construir esto, supongo que te ayudaré.”

Él sonrió y le besó la mejilla. Eso al menos era algo normal en él, su Mack. Se había transformado en el chico del que se había enamorado y que esperaba ver. Ya no decía tonterías sobre muñecos de nieve y matrimonio. Construyeron el muñeco de nieve y luego fueron a la ciudad por chocolate caliente. Ni una vez habían discutido el beso...

“Meghy...”

Ella volvió a la realidad y se volvió hacia él. “Hola Mack,” respondió incómodamente. “No sabía que estabas en la ciudad.”

Él metió las manos en los bolsillos y miró hacia otro lado. “No estaba planeado.”

Ella asintió distraídamente. Una vez más las palabras le fallaron. Su corazón latía fuertemente en su pecho y no tenía idea de qué decirle. Cómo se suponía que debía conversar con alguien cuando ni siquiera podía hablar con la única persona que la conocía mejor que nadie.

“Estoy segura que Rose está contenta de que estés aquí.” Sonaba tan estúpida... “¿Por cuánto tiempo te quedas?”

“No lo sé,” respondió él. “Eso depende de ti.” Él se volvió y se encontró con su mirada de nuevo. “Y de si puedes perdonarme.”

Su boca se abrió en esa declaración. “No hay nada que perdonar.” Le había tomado un momento superar el shock para responder. “No hiciste nada mal.”

“Te dejé sola cuando prometí quedarme.”

Ella sacudió la cabeza. “Mack,” dijo con seriedad. “También estabas herido. Ya no te culpo. Lo hice al principio, pero no es tu culpa. Mi madre tuvo un accidente y eso no tuvo nada que ver contigo.”

“Pero...”

“No,” interrumpió ella. “No hay peros, no me hiciste quedarme hasta tarde y que ella viniera a buscarme. Lo hice todo por mi cuenta: odiaba la idea de dejarte. La única vez que me sentí viva era cuando estabas cerca de mí. Necesitaba estar contigo...”

No podía decir nada más que eso. Cualquier otra cosa y estaría confesando cuánto lo amaba y lo horrible que había sido la última década sin él en su vida.

Mack no sabía qué decir. Él había venido a disculparse y lo había hecho, pero de alguna manera eso no parecía suficiente. Echó un vistazo alrededor del campo y a la bahía en la distancia. Este era su lugar. Ellos habían pasado mucho tiempo allí a través de los años, y el último invierno que estuvieron juntos como amigos, incluso habían compartido un beso. Él había evitado hablar acerca de eso, no quería asustarla. Meghy podría inquietarse y él no quería asustarla. Ahora se dio cuenta que lo había manejado mal. Debió besarla de nuevo y a menudo, y en lugar de eso nunca lo hizo de nuevo. Le encantaría tener el derecho de besarla cada vez que le provocara. La brecha entre ellos era demasiado amplia. Ellos nunca más podrían recrear aquella magia de nuevo.

"¿Quieres hacer un muñeco de nieve?" Preguntó Meghy tomándolo por sorpresa. ¿Ella también recuerda ese día?

"¿Por qué?", preguntó él. "Creo que Parson Brown se retiró."

Ella sonrió. Fue tan familiar que hizo que su corazón doliera. "Eso está mal. Nunca completamos nuestra ceremonia previa. Me prometiste que lo haríamos después."

Él tenía... "Ojalá pudiera ahora." Mack sacó sus manos de sus bolsillos. "Pero no lo planifiqué bien." Él movió sus dedos desnudos hacia ella. "Sin guantes."

Ella inclinó su cabeza y los estudió. "Supongo que podemos hacerlo en otro momento. Hemos esperado tanto tiempo. ¿Qué es un día más?"

¿Qué juego estaba jugando? Esto no parecía correcto. "¿Meghy?"

Se acercó a él, disminuyendo la distancia entre ellos. Ella estaba a solo unos centímetros de él y él ansiaba tomarla en sus brazos. Se contuvo aunque no estaba seguro de lo que ella quería de él. "¿Por qué cancelaste tu gira?," preguntó ella.

Él sostuvo su mirada paralizado por ella. Él siempre la había amado y eso no había cambiado a lo largo de los años. Hubo otras mujeres, pero ninguna había sido ella. Nadie podría tomar su lugar en su corazón. "No he sido capaz de terminar de grabar mi disco. He perdido el deseo por la música." Él no mencionó las pesadillas o el accidente. Esos eran síntomas del problema: no la tenía a ella.

"¿Es por eso que viniste a casa?"

"En esencia," dijo. "Mi representante piensa que necesito volver a

conectar con lo que hizo que la música fuera especial para mí.”

“¿Y qué es?” preguntó ella. “¿Suttons Bay? ¿La familia?”

Eran parte de eso, pero no la raíz. Lo que hizo que todo funcionara para él era ella, solo ella. “Te he extrañado,” dijo él. Él no le dijo el resto. Estaba jugando a lo seguro como solía hacerlo.

“Igual yo,” dijo ella. “Me alegro de que estés en casa, incluso si es por un corto tiempo.”

¿Objetaría si la besara? No, esa probablemente no era una buena idea. Acababan de comenzar a hablar de nuevo y estaban muy lejos de ser más que eso. “¿Quieres volver a Which Brew conmigo y tomar una taza de café? Me gustaría ponerme al día con todo lo que has hecho con tu vida desde que te vi por última vez.” Él simplemente no quería dejar de hablar con ella. Necesitaba escuchar su voz y mirar fijamente sus ojos color miel tanto como ella le permitiera.

“Me gustaría eso,” dijo ella.

“Entonces sígame, señorita M,” dijo y le tendió el brazo. “Nunca te extraviaría.”

Ella rio y eso fue música para sus oídos. “Señor M,” respondió. “Esa fue una mentira, si alguna vez escuché una.”

Era casi normal... Casi, pero no del todo. Tal vez después de un poco más de tiempo volvería a tener a su Meghy. Estaba comenzando a sentirse agradecido por sus vacaciones forzadas. De lo contrario, nunca habría regresado y habría tenido la oportunidad de ganarse de nuevo el corazón de Meghy. Solo por eso enviaría a su representante una bonificación.

*Más tarde conspiraremos
Como soñamos junto al fuego
Para enfrentar sin miedo los planes que hemos hecho
Caminando en un país de maravillas de invierno*

CAPÍTULO CUATRO

Meghy se abrazó a sí misma. La felicidad había sido elusiva por tanto tiempo... Una vez que el hielo se había roto entre ella y Mack, todo parecía ir mucho más suave entre ellos. Acababa de dejar ir algunas de sus inseguridades y se había abierto a la posibilidad de tenerlo otra vez en su vida, aunque fuera brevemente. Él estaba obligado a abandonar Suttons Bay en algún momento. Ella quería que él encontrara alegría en la música otra vez y que hiciera más canciones hermosas. Él tenía una voz y un talento tan maravilloso. Si pudiera ayudarlo de alguna manera, planeó. Él ya había estado en la ciudad una semana y no había pasado un día sin que ella hubiera pasado algún tiempo con él. La fiesta de Navidad anual era esa noche y él la estaba recogiendo para ir juntos. ¿Cuán afortunada era? Ella tenía toda la atención de Mack de nuevo.

El timbre de su puerta sonó para sacarla de sus ensoñaciones. Mack estaba allí temporalmente. Había disfrutado de su compañía mientras podía, pero en algún punto él la dejaría. Esta vez, sin embargo, ella planeó mantenerse en contacto con él. Ella no repetiría los errores del pasado. Fue a la puerta y la abrió. Él se quedó allí frotándose las manos. “¿Aún no has encontrado algunos guantes?”

“No he tenido una razón para hacerlo,” respondió llenando su rostro con una gran sonrisa. “No planeo estar afuera el tiempo suficiente como para necesitarlos.”

Ella sacudió su cabeza. “Déjame agarrar mi abrigo y podemos ponernos en camino.”

Casi todo en la ciudad estaba a poca distancia. Meghy no se había molestado en comprar un carro. No tenía ninguna razón para dejar Suttons Bay y todo lo que no podía haber entregado estaba a un par de cuadras de casa. Se puso el abrigo y se encontró con él en la puerta. Él puso su mano en la suya y se la llevó a la boca besando su palma. “Gracias,” dijo él.

“¿Por qué?” preguntó ella. No había hecho nada para merecer su agradecimiento.

“Por ser tú,” respondió. “Debí haber vuelto a casa hace mucho tiempo.”

“Sí,” estuvo de acuerdo. “¿Por qué no lo hiciste?”

“Soy un cobarde,” admitió. “Tenía miedo al rechazo.”

Ella podía relacionarse con eso. Cada día enfrentaba el mismo temor. Eran mucho más parecidos de lo que se había dado cuenta. Eso probablemente era bueno para ellos. Ella lo había mantenido en una especie de pedestal durante mucho tiempo. Una ilusión de un chico que ella había amado. El hombre era una realidad que le gustaba mucho más.

“No,” dijo ella. “No lo eres. A veces solo lleva tiempo hacer lo correcto. Todo el mundo enfrenta momentos de duda, solo te tomó un poco más de lo que te hubiera gustado.”

“Vamos,” respondió pareciendo ignorar su percepción. “Tengo una sorpresa para ti.”

“¿Oh?” respondió con entusiasmo, olvidando su suposición anterior. Quizás solo estaba emocionado de compartir la sorpresa con ella. “¿Qué es?”

“Si te digo entonces no sería una sorpresa, ¿no?”

Cerraron la puerta de su casa y comenzaron a caminar hacia el ayuntamiento donde se celebraba la fiesta. Era una reunión anual y casi todos en la ciudad asistieron. Habría una cena compartida y, más tarde, un baile. Era diversión para todas las edades. Incluso Papa Noel haría una aparición para los niños. Les tomó quince minutos caminar desde su casa hasta el ayuntamiento. Ya estaba lleno. Se encendió un fuego en la chimenea y los olores de los alimentos se desplazaron hacia ellos. Algunos niños pasaron a su lado en su camino hacia la fila para encontrarse con Santa, que aparentemente iría temprano este año.

“¿Quieres sentarte en el regazo de Santa?” Mack le susurró en el oído. “Puedes decirle lo que quieres para Navidad este año.”

Ella sacudió la cabeza. “Ya he tenido una maravillosa Navidad. No hay mucho más que pueda pedir.” Ella arrugó la nariz hacia arriba. “Además soy bastante mayor para sentarme en el regazo de Papa Noel.”

Él movió las cejas. “En ese caso, ¿quieres sentarte en el mío? Ha pasado algún tiempo desde que tuve a una mujer sensual en mi regazo.”

“Ja, ja,” dijo ella. “Eres incorregible.”

“Siempre,” respondió él.

“Peso si son los mismos M y M,” dijo alguien desde atrás, su viejo apodo derramándose desde su lengua. “Nunca pensé que los vería a ustedes dos en la misma habitación, y mucho menos juntos.”

Meghy se volteó y se encontró con la mirada de Cynthia Rhode. Ella era rubia, alegre y molesta como siempre. Ella fue animadora en la secundaria y la

más grande esnob. “¿No es ese tu esposo quien saluda hacia acá?” preguntó Meghy.

Cynthia no se molestó en voltear y mirar. Le volvió la nariz a Meghy y luego centró su atención en Mack. “Es realmente una linda sorpresa verte. ¿Cuánto tiempo te quedas en la ciudad?”

Meghy quería alejar a Cynthia y sacar a Mack fuera de su alcance. Ella sentía algo por Mack en la escuela secundaria y parecía como si todavía lo hiciera. Su pobre marido...

“Eso depende de Meg,” respondió y deslizó la mano alrededor de su cintura. “Ella es la única razón por la que estoy aquí.”

A Cynthia no le gustó esa respuesta en absoluto. Miró a Meghy y si las miradas pudieran matar, ya estaría muerta. En lugar de ceder a la tentación de ser mala, Meghy le sonrió. Eso podría haber empeorado la situación porque Cynthia le dio una sonrisa amarga de vuelta. “Pensé que habías logrado conseguir un mejor gusto mientras estuviste fuera.” Cynthia se encogió de hombros. “Pero supongo que ella ya volvió a tu vida.” Cynthia echó su cabello hacia atrás y se alejó. “Algunas personas...”

“Bien,” dijo Mack. “Ella no ha cambiado.”

“Ni un poco,” estuvo de acuerdo Meghy.

Él la condujo a una silla que estaba cerca de la chimenea, una que daba al escenario donde la banda se estaba preparando. “Quédate aquí y te traeré algo para tomar.”

“¿Qué hay de mi sorpresa?”

“Paciencia,” ordenó. “Todavía no es hora.”

Fue a la mesa de bebidas y agarró dos tazas, luego las llevó de vuelta a ella. Le entregó una y luego se sentó en una silla cercana. Ella tomó un sorbo del líquido caliente y suspiró. Chocolate caliente, su favorito. “Mmm,” murmuró para sí misma.

“Todavía te encanta, ¿no?”

“Es lo más cercano al cielo que alguna vez encontraré.” La única cosa que sería mejor, era tener el amor de Mack. “Cuéntame sobre el disco en el que estás trabajando.”

“Pude haber encontrado un poco de inspiración mientras he estado aquí.” Sonrió. “Cuando regrese creo que seré capaz de terminarlo. ¿Cómo te sientes acerca de un clima más cálido?”

Ella dejó su taza y dijo: “Amistosa, ¿por qué?”

“Me gustaría que regreses conmigo.”

Su boca se abrió en estado de shock. “Pero...”

“No respondas todavía,” replicó él. “Quiero que lo pienses.”

Ella asintió como una tonta. Principalmente porque ella no tenía una respuesta para él. ¿Ella en Los Ángeles? ¿Por qué quería que fuera con él? ¿Era solo porque había encontrado su musa de nuevo y se la había atribuido a ella? Con gusto lo ayudaría con cualquier cosa, pero no quería estar a su lado solo para despertar su creatividad. Ella quería de él mucho más que eso.

Alguien dio un golpecito en un micrófono y un fuerte chirrido resonó por el pasillo. “¿Esto está encendido?” dijo el alcalde.

“Sí,” todos gritaron para que no volviera a tocarlo. El chirrido había lastimado los tímpanos de casi todos en la multitud.

“Bien,” dijo y luego rio. “Ustedes están aquí para un convite especial esta noche. Como ustedes saben hemos bailado todos los años y aunque la banda local es buena, no tienen el talento que tiene Mack Taylor.” El alcalde se llevó la mano a la frente y bloqueó la luz del techo mientras escudriñaba la multitud. “¿Mack? ¿Estás aquí?”

“Esa es mi señal,” dijo y se levantó de un salto, poniendo su taza junto a la de ella sobre la mesa. Se inclinó y presionó sus labios sobre los de ella rápidamente. “Espérame aquí.”

Ella levantó la mano hacia sus labios. Eso fue diferente. Él la había besado en la mejilla, incluso antes besó su mano. Pero la única otra vez que besó sus labios, habían estado en la nieve hace una década. Ella no sabía qué hacer con eso.

Mack saltó al escenario y tomó el micrófono del alcalde. “Hola Suttons Bay,” casi gritó. “Ha pasado un tiempo desde que estuve en casa, mucho tiempo, realmente.”

Todos aplaudieron con entusiasmo y se acercaron al escenario, excepto Meghy. Mack le había dicho que se quedara donde estaba. No se atrevió a moverse, temerosa de que si lo hacía se caería de bruces. ¿Qué estaba tramando él?

“Quería cantar un par de canciones para ustedes si no les importa.” Hizo un gesto hacia la parte posterior donde comenzaron una canción de Navidad con la que todos estaban familiarizados. “Esta en particular es especial para mí. Me trae recuerdos de un tiempo en el que nunca pensé que sería más feliz.”

Empezó a cantar la letra de “El país de maravillas de invierno” sin quitar la vista de Meghy. ¿Qué estaba tratando de decirle? Que deseaba poder volver a ese día cuando la besó. Los recuerdos de su tiempo juntos en el pasado y en

la última semana la inundaron. Había sido muy atento y la había dejado guiar todas las conversaciones. Él había sido paciente, amable y maravilloso. Nunca lo amó más. Su corazón latió en su pecho mientras terminaba la canción.

“Gracias,” dijo mientras la multitud aplaudía de nuevo. “Esta próxima canción es una que escribí y nunca grabé. Era demasiado especial para compartirla con el mundo, pero me gustaría cantarla hoy para ustedes, y espero tenerla en mi próximo disco.”

La banda comenzó a tocar las notas de una balada. La melodía era seductora y tentadora, casi fascinante en su belleza. La letra casi le rompe el corazón. Escribió esta canción para ella y era sobre ellos. Ella había sospechado que algunas de sus canciones estaban relacionadas con ellos en el pasado, pero ninguna más que esta. Era acerca de su único beso y la pérdida que había sentido dejándola atrás. Ella sabía en su corazón que él quería que supiera cuánto la amaba. Él estaba exponiéndolo al mundo y esperando que ella sintiera lo mismo. Mack se arriesgó donde nunca lo habría hecho, y lo amaba más por eso.

*Las campanas del trineo suenan, ¿estás escuchando?
En el carril, la nieve brilla
Una hermosa vista, estamos felices esta noche
Caminando en un país de maravillas de invierno*

CAPÍTULO CINCO

Mack saltó del escenario y se dirigió hacia Meghy. No apartó su mirada de ella durante todo el tiempo que estuvo en el escenario. Él la quería y rezaba para que ella sintiera lo mismo. Ella podía trabajar desde cualquier parte siempre que tuviera su computadora. Todo lo que tenía que hacer era convencerla de pasar el resto de su vida a su lado. Renunciaría a su música si ella se negaba a irse con él, pero esperaba que no llegara a eso. Él lo amaba, y a ella. Elegir entre la música y ella, podía quebrarlo.

Ella se levantó cuando él la alcanzó. “Meghy...”

“No digas una palabra,” dijo. “Entiendo.”

“¿Lo haces?”

Asintió. “Salgamos de aquí y demos un paseo.”

Agarraron sus chaquetas y se dirigieron al frío.

Un trineo estaba afuera para aquellos que desearan dar un paseo. “¿Quieres?” preguntó él.

“Oh sí,” dijo ella. El caballo y el trineo eran algo nuevo que el comité de planificación pensó agregar a las festividades. Ella no había pensado que realmente lo utilizaría, pero con Mack... Estaba entusiasmada con la perspectiva. La ayudó a subir al carruaje y luego se unió a ella. Meghy agarró la manta y la extendió sobre sus regazos. Mack la envolvió con su brazo y la atrajo hacia sí. Su calidez mezclada los mantenía calentitos cuando el trineo se movía por la ciudad.

“He estado pensando en tu oferta,” dijo ella.

“¿Oh?”

“Acerca de ir a Los Ángeles contigo.” Eso sonaba tonto, era la única oferta que él le había hecho.

“¿Y?”

Esta era la parte difícil y no debería serlo. Le había costado mucho admitir sus sentimientos para sí misma, por no hablar de él. Había expuesto su corazón delante de ella y era su decisión aceptarlo o no. Ella lo quería así que debería ser fácil, y sin embargo, no era tan simple. Irse con él sería un gran paso para ella. Nunca salió de Suttons Bay por alguna razón. Ella era una persona tímida y no socializaba bien. Sería un lastre para él. ¿Qué tipo de vida sería esa para ellos?

“No estoy segura si es una buena idea.” Ella quería ir... “No me va bien con personas que no conozco.”

“Me conocerías,” dijo. “El resto vendrá con el tiempo.”

Él lo hacía sonar tan fácil. “¿Qué pasa si te avergüenzo?”

El carruaje se detuvo cerca del prado donde se habían besado por primera vez. Mack quitó la manta de su regazo y le dijo: “Ven conmigo.” Una vez que salieron del carruaje, el conductor se alejó dejándolos con su privacidad.

La llevó al medio del campo. En el centro había un muñeco de nieve. Había sido vestido con una corbata, un sombrero de copa y tenía un libro que descansaba entre las manos de madera. “Señorita M,” dijo Mack. “Me gustaría que conozcas a Parson Brown, resulta que decidió salir de su jubilación.”

“¿Lo hizo ahora?” sus labios se curvaron hacia arriba. “Sin embargo, ¿cómo lo has convencido?”

“Le expliqué que estaba en una situación desesperada.” Él tenía una expresión solemne en su rostro. “Tenía que convencer a la chica que amo de pasar el resto de su vida conmigo. Si se niega, podría tener que vivir con el corazón roto por el resto de mi vida.” Mack se frotó el pecho. “Está casi remendado ahora, pero un golpe más y podría ser fatal.”

Ella lo miró con desconcierto. ¿Acababa de decir que la amaba? Ella sospechaba tanto de la canción pero escucharlo era completamente diferente. Esto era real. “Pellízcame,” exigió.

“¿Qué?” frunció las cejas.

“Dije que me pellizques,” repitió ella. “Nada de esto es real. Debo estar soñando.”

Era justo algo que ella hubiera inventado para una de sus novelas románticas. El ambiente, la declaración de amor y el torbellino de excitación que se acumulaba en su sangre, todo eso le gritaba felices para siempre. Era demasiado y tan difícil para ella creer que era real.

“Cariño,” dijo Mack con su voz llena de encanto. “Puedo hacer algo mejor.”

La tomó en sus brazos y presionó sus labios en los de ella. El beso chisporroteó y la empapó de deseo. Ella envolvió sus brazos alrededor de él y le correspondió el beso con igual entusiasmo. Esto se sentía demasiado bien para ser real. Ella extendió la mano y pasó los dedos por sus oscuros mechones. El rastrojo de su barba se frotó contra su barbilla tentadoramente. Le gustó más de lo que probablemente debería.

Mack dejó de besarla, pero continuó de nuevo arrastrando los labios por sus mejillas, y luego bajando por su cuello. Él entrelazó los dedos a través de sus rizos y tiró de ellos ligeramente. Comenzó a arrastrar sus besos hacia arriba hasta su mandíbula, luego de vuelta a sus labios otra vez. Mack la besó con todo dentro de él, y ella podía sentirlo directamente en los dedos de los pies. Él tenía razón, esto era mucho mejor.

La levantó en sus brazos y la giró hasta que su risa hizo eco a su alrededor. Ella nunca había estado más feliz que en ese momento, con él. El caparazón de la persona en la que se había convertido sin él no era lo que ella quería ser. Ya no quería vivir de esa manera. Quería ser una nueva y mejor versión de sí misma. Era tiempo de dejar ir el pasado y disfrutar la vida.

“Para,” dijo ella entre risas. “No puedo soportarlo más. El mundo está girando.”

“Entonces sabes cómo me siento cada vez que estás cerca,” dijo y la dejó en el suelo. “Desde el momento en que te conocí, mi mundo ha estado patas arriba. Estoy seguro de que no es completamente tu culpa.” Él sonrió. “Vine aquí huérfano, pero me hiciste sentir bienvenido. Creo que me enamoré de ti hace tantos años.”

“¿A los cinco años?” Ella levantó una ceja.

“Sí,” dijo con firmeza. “Simplemente no me di cuenta. ¿Qué niño de cinco años lo haría?”

Tenía que estar de acuerdo con él en ese punto, bueno, en todos ellos realmente. Algunas veces ella creía que se había enamorado de él cuando también tenía cinco años. Habían formado un lazo en ese entonces, y aunque habían pasado tantos años separados, no había sido destruido. Puede haberse doblado un poco y les permitió crecer y transformarse en las personas en las que se habían convertido, pero todavía era fuerte, irrompible.

“Entonces, ¿qué cambió?”

Él se mantuvo callado durante varios latidos del corazón. Meghy comenzó a pensar que él no respondería hasta que lo hiciera. Su voz siempre fue tan maravillosa de escuchar y esta vez no fue la excepción. “Nada, todo,” dijo finalmente. Él frotó la mano sobre su brazo. “Estar aquí de nuevo contigo fue más de lo que podía haber imaginado. No vine aquí esperando esto. Nunca me habría atrevido a algo tan maravilloso.” Rozó la mano sobre su cabello. “Por favor, quédate conmigo. Soy egoísta y no te merezco, pero quiero tener la oportunidad.”

Su corazón estaba en su garganta y luchó contra lágrimas de felicidad. Falló cuando una se deslizó por su mejilla. Mack extendió la mano y la secó. La nieve comenzó a descender sobre ellos como un destello blanco brillando en el cielo nocturno. “No sé qué decir.”

“Di que sí,” instó. “Ven a Los Ángeles conmigo. Te prometo que no te arrepentirás.”

“No lo sé.” ¿Por qué no le podía decir lo que él quería escuchar? Quería decir que sí, pero algo dentro de ella no la dejaba. Las dudas que llevaba en lo más profundo alzaron su fea cabeza. “Es un gran paso.”

“Tómate tu tiempo,” le dijo. “Puedo esperar tanto como lo necesites. No me iré otra vez sin ti.” La tomó de la mano. “¿Por qué no te llevo a casa?”

Asintió y dejó que él la guiara fuera del prado. El camino a su casa no estaba lejos del campo. Nada en Suttons Bay estaba a una larga distancia a pie. Aun así, era demasiado corto para su gusto. Ella no quería que la noche terminara todavía. Cuando llegaron a la puerta de entrada, se volvió hacia Mack. “¿Quieres entrar?”

“¿Crees que esa sea una buena idea?”

Ella sonrió. “No quiero que me dejes.” La incertidumbre la llenó. ¿Estaba siendo muy directa? Quería estar con él y esta era una prueba para él y para ella misma. Lo que él hizo a continuación fue el factor decisivo para decidir si se iba con él o si se quedaba en Suttons Bay. Fue quizás un poco ridículo, pero ella creía en las señales y necesitaba desesperadamente una buena.

“Nunca te dejaré de nuevo,” respondió seriamente. “Al menos que quieras que lo haga.”

“No quiero,” dijo. “Te amo.” Ahí lo dijo. La única cosa que la había aterrorizado más que nada: decir en voz alta cómo se sentía realmente por él, y de alguna manera logró sobrevivir.

“Te amo mucho,” le respondió. “No debería haber nada en nuestro camino. El mundo entero está ante nosotros. Todo lo que tenemos que hacer es ser lo suficientemente valientes para explorarlo.”

Solo había una cosa que ella podía hacer. “Me mudaré a Los Ángeles,” le dijo. “¿Estás seguro de que eso es lo que quieres?”

“No hay nada que quiera más...” Luego se inclinó y la besó de nuevo. Los copos de nieve bailaron alrededor de ellos cubriéndolos con su magia. Algunas veces los sueños se hacían realidad... Meghy había obtenido más de lo que podía haber esperado cuando se dio cuenta que Mack había vuelto a casa. Ahora tenía mucho que mirar hacia el Año Nuevo.

Esta noche, sin embargo, la felicidad se extendió a través de ella como reguero de pólvora, y le debía todo a Mack y su valentía. Si él no hubiese admitido cuánto la amaba, ni hubiese cantado esa hermosa canción, tal vez no habría encontrado el valor para reconocer sus propios sentimientos. Nunca lo había amado más que en ese momento. Se entendieron el uno al otro y todo lo que podrían ser, solos y juntos.

*Se fue el pájaro azul
Aquí para quedarse está un pájaro nuevo
Él canta...*

EPÍLOGO

Dejaron Suttons Bay antes del Año Nuevo y regresaron a la casa de Mack en Los Ángeles. Habían pasado una maravillosa Navidad con la tía de Mack, Rose, y luego su agente había aparecido para escoltarlos personalmente. Su viaje había sido agotador y sin incidentes.

“Veo que el viaje fue un éxito,” dijo Ben.

“Mucho mejor de lo que esperaba,” admitió Mack. “Quiero programar el tiempo en el estudio para comenzar a grabar.”

“¿Es la chica la razón de este cambio?”

No era tan simple como eso. Sí, Meghy hizo una diferencia. Estaba en paz con su pasado y esperanzado con su futuro. Aún tenían mucho por lo que trabajar y estaba emocionado de tener esa oportunidad con ella. Ella se instaló en la oficina que él había establecido en la casa y que nunca usó para reclamarla como suya. Él estaba feliz de dársela. Le daría lo que quisiera si eso la hacía feliz.

“Simplemente fija el tiempo en el estudio y avísame cuándo debo estar allí. Escribí algunas canciones que quiero establecer y preparar el disco para su lanzamiento.”

“Estaré en ello,” dijo Ben. “Estaré en camino.”

“Conoces la salida,” respondió Mack. Había algo más que tenía que hacer. Más tarde tenía otra sorpresa para Meghy y tenía planes que hacer. Ya había dicho todo lo que quería decirle a su agente.

Mack trabajó incansablemente creando el país de las maravillas de invierno en su patio trasero, tanto como uno podría hacerlo en California. En lugar de nieve colocó luces blancas sobre los árboles, y tenía un muñeco de nieve blanco que brillaba. Parson Brown no se derretiría pronto. Todo estaba listo, todo lo que necesitaba era que la invitada de honor llegara.

“¿Mack?”

Justo a tiempo... “Aquí afuera,” llamó. Se dio unas palmaditas en el bolsillo para asegurarse de que la última parte de la sorpresa aún estaba allí. Presionó un interruptor mientras la canción que él había escrito para ella sonó sobre sus cabezas. Cuando ella salió, su boca se abrió y luego la cubrió con ambas manos. “¿Qué es todo esto?” Ella se volvió para mirarlo a los ojos. “Pensé que íbamos a salir para Año Nuevo.”

Meghy llevaba un vestido rojo oscuro que resaltaba el color canela de su cabello. Su cabello tenía un estilo elaborado con pequeños rizos flotando en su espalda. No tenía joyas pero no necesitaba ninguna para brillar. Meghy brillaba sin adornos.

“Podemos hacerlo si quieres,” dijo él. “Pero pensé que esto sería mejor, más romántico. Tú eres la única con la que quiero estar, ya que celebramos el comienzo de un nuevo año. Uno que espero esté lleno de más felicidad de la que podemos imaginar.”

“No lo sé,” respondió ligeramente. “Me puedo imaginar mucho.”

“Estoy seguro de que puedes,” hizo un gesto hacia ella. “Ven aquí.”

Ella se acercó a su lado y Mack se dejó caer sobre una rodilla. “Meghy.” Sacó el anillo de su bolsillo, un rubí rojo fuego flanqueado con diamantes. “¿Te casarías conmigo?”

Las lágrimas se derramaron por sus mejillas. Las secó con furia y luego se arrodilló. Ella envolvió sus manos con las suyas y se inclinó para besarlo. “No hay nada que me encantaría más que ser tu esposa pero ¿estás seguro? Todo esto está pasando tan rápido.”

Él asintió. “Cariño, esto no sucedió lo suficientemente rápido. Nos hemos perdido de tanto. No quiero esperar años para comenzar nuestra vida como esposo y esposa. La eternidad está esperando por nosotros, y odiaría mantenerla colgando de un hilo. Di que sí.”

“Sí,” dijo con el entusiasmo haciendo eco en voz alta en esa única palabra. “Mil veces sí.”

La melancolía que lo había llevado por tanto tiempo finalmente se elevó de él. Sus canciones reflejarían eso a partir de ese momento. Era un hombre nuevo, uno mejor debido a su amor por ella. Ella lo hizo más ligero y esperanzado. Tenían un brillante y maravilloso futuro delante de ellos. Su propio paraíso invernal perfecto lleno de besos de copos de nieve y magia.

PRÓLOGO

Diez años antes

Fue una tarde de verano especialmente húmeda. El sudor perlaba la frente de Lisanna Kelly mientras miraba por la ventana de arriba de la mansión Brady. Su madre era el ama de llaves, y vivían en el apartamento encima del garaje. Aunque no siempre habían vivido allí. Hubo un tiempo en el que ella había tenido una habitación en la casa principal. Pero eso fue antes de que el mundo de los Brady se pusiera patas arriba y su hija, Daniella, desapareciera.

Ella debía lavar las ventanas como su madre le había instruido. Era difícil no soñar despierta y desear cosas que nunca tendría. Lavar ventanas era aburrido y tedioso. ¿Qué diversión era esa? En lugar de hacer el trabajo que le habían encomendado, Lisanna se había fascinado con la escena debajo de ella. En su defensa, cualquier mujer que viva y respire también lo estaría.

Sullivan Brady se había quitado la camisa y se había estirado junto a la piscina. Su pecho musculoso brillaba a la luz del sol. Su piel se había oscurecido a un bonito bronceado y las rayas de caramelo ahora resaltaban sus cabellos de medianoche. Ella se lamió los labios y se olvidó de lavar todo. Bueno, tal vez Sullivan necesitaba su ayuda. Ella podría lavarlo... Lisanna sacudió la idea lejos de su cabeza. Él nunca la miraría dos veces. Ella era la hija del ama de llaves, y él era... Todo. Ella nunca encontraría otro hombre que se le comparara. En su opinión, él era tan condenadamente perfecto.

“Lisanna,” le gritó su madre.

“Sí, mamá,” respondió ella.

“¿Qué estás mirando boquiabierta, niña?” se acercó a la ventana. Lisanna se mordió el labio. Estaba en problemas ahora. Si su madre se daba cuenta de que había estado mirando a Sullivan, la regañaría interminablemente. Él era demasiado mayor para ella, y ella tenía que eliminar esas ensoñaciones tontas de su cerebro de adolescente. Su madre miró por la ventana y frunció el ceño. Lisanna se preparó para el impacto de las palabras de su madre: “Es un lindo día fuera,” dijo su madre y luego suspiró. “La piscina luce atractiva. Si terminas las ventanas, le preguntaré a la señora Brady si puedes nadar.”

Todo el cuerpo de Lisanna se iluminó con anticipación. Sería maravilloso pasar un tiempo en la piscina. Aunque estaba confundida... Sullivan había estado en la piscina la última vez que miró por la ventana. No se atrevió a

asomarse y darle a su madre alguna pista de que estaba mirando algo que no fuera la piscina. “¿En serio?” preguntó esperanzadamente. Quizás él estuviera allí cuando ella fuera libre para nadar.

“Sí, querida,” dijo suavemente. “Debe ser difícil para ti. Vivir aquí pero no ser parte de todo esto.” Hizo un gesto hacia la lujosa habitación y a las caras decoraciones. “Tienes diecisiete años. Quiero que tengas algo de diversión.”

Odiaba cuando su madre le recordaba su edad. Ella nunca era suficiente mayor para hacer nada. Ni suficientemente sofisticada para Sullivan. Él cumpliría veintiuno en una semana. Luego, unas semanas después, volvería a la universidad. El verano terminaría antes de que ella se diera cuenta.

“Gracias,” dijo Lisanna suavemente. “Terminaré las ventanas ahora.”

“Mira lo que haces,” dijo su madre. “Te veo en la cocina cuando hayas terminado.”

Lisanna asintió y recogió los artículos de limpieza que había abandonado para mirar a Sullivan. Roció las ventanas y las secó hasta que brillaron. Dondequiera que Sullivan se había ido mientras su madre miraba por la ventana, no lo sabía, pero él había regresado. Le tomó cada gramo de autocontrol no mirarle a los ojos mientras limpiaba. Tenía grandes planes de nadar en la piscina, y si tenía suerte, él seguiría allí cuando lo hiciera.

Se secó el sudor de la frente y empacó los suministros. Cada ventana estaba tan limpia como podía. Ahora por su recompensa. Sus labios se inclinaron hacia arriba. La piscina y tiempo de calidad con Sullivan Brady. ¿Qué más podría pedir una chica? Salió de la habitación y se dirigió escaleras abajo. Se detuvo en el armario de los suministros y depositó el limpiador de la ventana en el interior. Luego se dirigió a la lavandería y deslizó las toallas en la canasta blanca. Cuando terminó, se deslizó por una puerta y entró a la cocina.

“He terminado...” se detuvo a mitad de la frase cuando se dio cuenta de que su madre no estaba sola. Sullivan había entrado mientras ella se ocupaba de los suministros. Era aún más hermoso de cerca, y no se había molestado en ponerse una camisa. Se pasó la lengua por los labios y se recordó a sí misma respirar. Después de aclarar su garganta, ella dijo: “Las ventanas de arriba están listas.”

Su madre sonrió. “Gracias. Eres libre de hacer lo que discutimos anteriormente. Asegúrate de ponerte protector solar para que no te quemes.”

Sullivan sonrió. “Puedo ayudarte cuando salgas. La señora Kelly dice que vas a usar la piscina.”

Lisanna se sonrojó. ¿Él iba a poner protector solar en ella? Iba a morir, oh, pero qué manera de irse. No era posible que no se incendiara una vez que él pusiera sus manos cerca de ella. “Um, sí,” tartamudeó. “Gracias.” ¿Por qué no podía pronunciar una oración completa en su presencia?

“Corre ahora,” dijo su madre. “Disfruta el día.”

No necesitó que se lo dijera dos veces. Se hizo pequeña y salió corriendo de la cocina. Una tarde entera de no hacer nada... No podía recordar la última vez que había tenido tiempo libre. Su madre siempre le estaba pidiendo que hiciera algo. Durante el año escolar tenía tiempo para sí misma porque su madre quería que se concentrara en hacerlo bien. En los veranos, sin embargo, la señora Kelly no creía en dejarle tiempo a su hija para estar inactiva. Ella no había criado una chica perezosa.

Lisanna subió los escalones que conducían al apartamento del garaje y se dirigió a su habitación. Todo dentro de la pequeña habitación estaba ordenado y perfectamente ubicado. Al menos ella lo creía. Abrió un cajón y sacó su traje de baño. Era el traje de baño verde esmeralda por el que había convencido a su madre de comprárselo. Le había atraído porque coincidía con los ojos de Sullivan. Sí, ella estaba obsesionada con él. No podía evitarlo.

“Es una causa perdida,” murmuró en voz baja. “Sullivan Brady está fuera de mi alcance.”

Lisanna negó con la cabeza y se preparó para nadar. Se puso su traje y tiró de sus cabellos castaños oscuros en una coleta alta. Satisfecha con sus ministraciones agarró un tapete blanco de malla y se dirigió a la piscina.

La risa la saludó cuando entró al patio trasero. Pensó que encontraría a Sullivan solo, pero estaba equivocada. Tenía un amigo con él, y no uno de la persuasión masculina. Tal vez ella estaba equivocada. Oh, definitivamente había una mujer allí. Su risa burbujeante era difícil de perder, pero podría haber otros allí también. Dobló la esquina y suspiró con alivio. Lo último que quería ser era una tercera rueda en las citas de Sullivan.

Había algunos otros allí con él. Dos mujeres más y otro hombre, todos eran amigos que ella reconocía. La pareja que se acurrucaba en la piscina era el mejor amigo de Sullivan, Aaron Taylor, y su novia, Sienna Kent. La otra mujer era Victoria Masters. Ella era rubia, de ojos azules y nada más que curvas. Tristemente, Lisanna pudo ver lo que atrajo de ella a Sullivan. Vicki, como él la llamaba, puso a la palabra hermosa en vergüenza.

“Eres demasiado agradable,” le dijo Vicki a Sullivan en un tono condescendiente. “¿Por qué dejas que esa chica se una a nosotros?”

“No seas mala,” la castigó. “Ella no es como nosotros. Este es un buen descanso para ella.”

Tenían que estar hablando de ella. ¿A quién más describiría como “no como ellos”? Lisanna repensó su decisión de nadar. Cuando era solo Sullivan había parecido una maravillosa idea. Ahora bien... Le dolía tener que enfrentarlos a todos. Ellos ya estaban juzgándola y ni siquiera había caminado completamente afuera. Lisanna dobló la esquina cuando Vicki envolvió sus brazos alrededor del cuello de Sullivan.

“Eres tan altruista,” le dijo Vicki. “No sé si podría ser tan caritativa con el servicio.” Lisanna apretó los dientes. Esto era demasiado. No podía quedarse y escuchar nada más. Comenzó a girar y atrapó a la última novia de Sullivan mirando en su dirección. Los labios de Vicki se inclinaron hacia arriba, burlándose de ella. “No deberías perder tu tiempo en una chica como esa.”

“Yo...” Comenzó a decir Sullivan y negó con la cabeza. “Puede que tengas razón, pero ella es como una hermana para mí. Por supuesto, ella no reemplaza a Daniella.” Él se encogió de hombros. “Creo que podrías decir que me agrada, y es mi elección.”

¿Una hermana? El estómago de Lisanna cayó ante esas palabras. Se dio cuenta de que su enamoramiento era inútil, pero esas palabras le atravesaron el corazón y lo hicieron pedazos. Él nunca la vería como algo más que una niña pequeña. Su diferencia de edad ni siquiera importaba. No realmente. Había crecido con ella y la veía como un semi-reemplazo de la hermana que había perdido. No había forma de que ella saliera ahora... Giró sobre sus talones y se dirigió al apartamento.

Pasaría mejor la tarde leyendo que babeando sobre un precioso hombre que ella nunca tendría. Algunos sueños morían más rápido que otros. Era hora de enfocar su energía en algo más alcanzable que el amor de Sullivan Brady. Él no la merecía, y tristemente, él nunca descubriría lo que se estaba perdiendo. Lisanna no le daría la hora del día nunca más.

“Demasiado malo por ti,” susurró ella. “Un día te darás cuenta de lo increíble que soy y será tu pérdida.” Una mujer fuerte parecía un desafío muerto para el ojo y ella le guiñó. Un día ella sería ese tipo de mujer, y cuando ella le guiñara un ojo a Sullivan Brady, él se arrodillaría y le suplicaría que sea suya. Entonces ella podría reírse en su rostro y decir: “Después de todo no puedo estar muy bien con un hombre que considero como un hermano.” El

sueño la había hecho sentir bien, incluso si tenía un borde de imposibilidad, todavía se aferraba a eso mientras se limpiaba las lágrimas de los ojos.

Cuatro años después...

Sullivan Brady caminó por la calle, dirigiéndose a un club en el que se suponía que se encontraría con algunos amigos. Habían terminado los exámenes para la escuela de posgrado y se graduarían en unas pocas semanas. Obtuvo su Maestría en Administración de Negocios y estaba en la cima de su clase. Cuando regresara a casa tomaría un puesto en Brady Blue, y poco después se haría cargo de su padre. Había sido preparado para ser CEO de la compañía durante años, algo que siempre había querido hacer. La posición gerencial inferior era una formalidad. Su padre quería que se mojara los pies primero y luego, en unos años, él se haría cargo para siempre. Sullivan estaba bien con ese plan. Todavía no estaba listo para la responsabilidad de dirigir la compañía. Le daría más tiempo para jugar a medida que aprendiera más sobre cómo se ejecutaba el negocio. No había nada que amara más que el tiempo que apartaba para divertirse.

“Sully,” le gritó un hombre. “¡Ya era hora!”

Se volvió hacia él y se encontró a Aaron saludándolo con la mano. Habían sido mejores amigos desde la escuela primaria. Ambos habían ido a Nueva York para ir a la universidad: Columbia para Sullivan y para Aaron, NYU. Eso les dio espacio para crecer, y sin embargo aún podían confiar el uno en el otro. La novia de Aaron, Sienna, se sentó cerca bebiendo un trago.

Sullivan se dirigió a su mesa. Actualmente no estaba saliendo con nadie y quería divertirse tanto como podía. Le encantaba tener su libertad y se estremecía ante la idea de estar atado a una mujer. Aaron tenía a Sienna, y eso era genial para él. Sin embargo, Sullivan preferiría explorar todas sus opciones antes de comprometerse. A decir verdad, no estaba del todo seguro de ser capaz de tener una relación a largo plazo. Había demasiadas cosas que quería hacer de cualquier manera. Después de la graduación, se iría a casa y tendría la responsabilidad esperando por él. Esta era una noche que esperaba recordar por siempre.

“¿Qué te tomó tanto tiempo?” preguntó Aaron.

“Mis padres llamaron,” dijo. “Querían preguntar cómo creía que lo hice en los exámenes y eso me detuvo.”

Estaban preocupados por él, y él realmente no podía culparlos. Después de perder a Daniella, lo mimaron quizá más de lo que deberían. No presionó porque entendió su dolor, perder a Daniella también había sido traumático para él. No podía imaginar cómo era perder un hijo. Era una de las razones por las que nunca tuvo la intención de casarse o tener hijos propios. No podría soportarlo si perdiera a algún ser querido.

“Voy por un trago,” dijo Sullivan. “¿Quieren algo?”

Aaron negó con la cabeza. “No, estoy bien”. Se volvió hacia Sienna. “¿Quieres algo, cariño?”

“Sí,” respondió ella. “¿Puedes traerme un pezón resbaladizo?”

Sullivan le guiñó un ojo y dijo en tono burlón: “No creo que a tu novio le guste eso.”

“Ja ja,” dijo ella. “Me refiero al trago y lo sabes.”

Lo sabía, pero no pudo evitar meterse con ella. “Rompes mi corazón,” dijo sosteniendo su mano sobre su pecho. “¿Qué tiene este tonto que yo no tenga?”

“Lealtad y monogamia,” replicó ella.

“Eso me molesta,” respondió estremeciéndose ligeramente. “Soy perfectamente capaz de ser leal.” No había una persona más dedicada a aquellos que le importaban, que él. “Y soy capaz de ser monógamo, una noche a la vez.” Se encogió de hombros. “Tal vez más de una si está justificado.”

Sienna resopló y se rio al mismo tiempo. Era bastante desconcertante de presenciar. Levantó su mano y finalmente escupió: “Solo tú, Sully, podrías decir eso con una cara seria. Ve por mi bebida. De hecho, consigue pezones resbaladizos para todos nosotros. Haremos un brindis.”

Él se rio y se volvió para dirigirse al bar. Sienna era una tipa decente y hacía feliz a Aaron. Probablemente se casarían un día y tendrían un montón de niños. Les deseaba lo mejor, pero esa vida no era para él. El bar estaba lleno y tenía dos cantineras. Una ayudaba a los clientes y la otra le daba la espalda. Ella tenía el cabello castaño largo que flotaba por su espalda en ondas deliciosas. Los mechones se detenían en la curva de su trasero, y qué bueno fue también. Vaqueros negros lo abrazaron enfatizando cada una de sus curvas. Sullivan quería ver si su rostro era igualmente hermoso. *Voltea, por favor.* Esperó ansiosamente a que ella se enfrentara a él, y cuando finalmente lo hizo, se quedó sin aliento. Ella era realmente encantadora. Sus ojos eran como chocolate caliente y esas olas rojas abrazaban una exquisita cara en forma de corazón. Sus labios eran regordetes y pintados de un rojo rubí. Pero esta mujer *siempre* estaría fuera de los límites para él.

“Sullivan Brady mientras vivo y respiro,” dijo ella. La esquina de su boca se movió hacia arriba. “¿Qué te trae por aquí?”

Él no la había visto en años. Después de graduarse de la escuela secundaria, se mudó de su ciudad natal. “Lisanna,” dijo tan cortésmente como pudo. Todavía estaba al borde del deseo y más bien decepcionado de que ella no era una chica con la que podía jugar. Ella era parte de su familia extendida y se preocupaba por ella. Sullivan nunca se metió con una mujer por la que tuviera ningún tipo de sentimientos. Eso siempre la haría fuera de sus límites.

“No me llames así,” le regañó. “Ya no soy una niña pequeña.”

Él frunció el ceño. “¿Cómo debería llamarte entonces?” Estaba de acuerdo: ella estaba lejos de ser la niña que él recordaba. En algún momento del camino, ella se había convertido en una mujer sexy a la que quería besar sin sentido, y mucho más que eso.

“Lana,” respondió casi desafiante. “No tengo ningún uso para la persona que solía ser.”

¿Qué diablos quería decir? Le agradaba quien era ella antes. ¿Y si no le agradaba la mujer en la que se había convertido? Sullivan definitivamente disfrutó mirándola, pero eso era completamente diferente y de alguna manera incorrecto. “¿De qué tonterías estás hablando?”

“No lo entenderías,” dijo ella. “Y no estoy dispuesta a explicarlo.”

Bueno, qué demonios... ¿Qué le había pasado en los últimos años? No podría tener más de veintiuno. En los próximos años ella se graduaría, ¿y luego qué? ¿Todavía estaba en la universidad? ¿Qué estaba haciendo trabajando como cantinera?

“¿No se ofrecieron mis padres a pagar tu matrícula?” preguntó, su confusión se diluyó en las palabras.

Ella se rio y luego dijo despectivamente: “Hay más gastos para ir a la universidad aparte de la matrícula, niño rico.”

Sullivan se estremeció ante sus palabras. ¿Cuándo se había vuelto tan franca? ¿No había sido siempre tímida y confundida con las palabras? “Te habrían dado más si se los pedías.”

Ella mantuvo su cabeza en alto y respondió: “Me gusta mi educación bien remunerada pero no soy una mendiga. Tengo la intención de pagarles cada centavo, y prefiero no endeudarme más tomando más de lo que necesito.”

Sullivan sintió como si todo su mundo se volcara. Esta no era la chica que él había conocido. Tal vez ese había sido el punto. Ella quería un cambio y se

dispuso a hacerlo. Incluso había ido tan lejos como para cambiar su nombre. Él lo probó con su lengua y lo dijo en voz alta: “Lana.”

Ella alzó una ceja. “¿Sí?”

“¿A qué hora termina tu turno?”

“Ahora, de hecho,” respondió. “¿Por qué?”

Era una mala idea pero no pudo evitar que las palabras salieran de su boca. “Ven a casa conmigo.” Inmediatamente deseó poder devolverlas y dejarlas sin decir, y al mismo tiempo esperaba ansiosamente que ella dijera que sí.

Ella se estremeció como si él la hubiera abofeteado. “No soy una de tus mujerzuelas.”

Maldita sea, él sabía que eso era incorrecto de decir. Realmente no quería eso de ella. Demonios, ¿a quién estaba engañando? Él quería eso. Cuando por primera vez vislumbró su trasero tuvo visiones de quitarle esos vaqueros negros lentamente y arrastrando su lengua sobre su piel. Sullivan quería probar cada centímetro de ella y hacer que gritara su nombre. ¿Cómo podía tener tantas emociones en conflicto sobre una mujer? En cierto modo, este encuentro había puesto todo patas arriba y no podía estar seguro de a dónde conduciría. No le gustó ni un poco.

Él sonrió. “Y nunca lo serás, querida Lana.” Sullivan se apoyó en la barra. “Quiero ir a un lugar tranquilo donde podamos hablar. Me gustaría conocer a esta nueva tú.” Él quería entenderla desesperadamente y descubrir qué demonios estaba pasando dentro de él. Esto era más que lujuria, mucho más de lo que alguna vez había experimentado y lo asustaba muchísimo.

Ella mordisqueó su labio inferior y él la miró fijamente. Era un hombre de sangre roja y sí, se daba cuenta cuando una mujer sexy le rendía un homenaje a su boca. Especialmente cuando quería poner su boca en él. Si no encontraba algo más en lo que enfocarse, su polla se endurecería hasta grados aún más dolorosos.

“No,” dijo ella finalmente. “Por mucho que me gustaría complacer este capricho tuyo, tengo que estudiar. Tengo un examen final mañana por la mañana.”

No se había dado cuenta de cuánto quería que ella viniera con él, hasta que ella dijo que no sucedería. Su corazón se hundió en su pecho.

“Quizás en otro momento,” dijo él.

“Lo dudo,” respondió Lana. “Tengo que irme. Mi novio está aquí.” Hizo un gesto hacia la puerta. Un tipo alto con cabello rubio arenoso y hombros anchos

estaba en la entrada. “Nos vemos, Sully.”

Ella se escabulló lejos de él. Su buen trasero a la vista todo el tiempo... Maldita sea todo. Él estaba duro por Lana Kelly y ella no estaba disponible para ayudarlo con eso. Cerró sus ojos y contó hasta diez, luego veinte, y aun así su erección no retrocedió. *Joder. Joder. Joder.* Tenía que encontrar la manera de superar su repentina fascinación con la única mujer que no podía tener. Cuando abrió los ojos, la otra cantinera estaba frente a él.

“¿Qué puedo traerte, cariño?”

“¿Cuál es tu nombre, hermosa?” preguntó. Ella era rubia, con curvas y sexy a su manera.

“Colleen,” respondió ella. Levantó sus labios tentadoramente. “¿Cómo te llamas?”

“Sullivan.” Solo había una cura para lo que lo aquejaba. “Necesito tres pezones resbaladizos,” dijo y luego levantó la esquina de su boca en una de sus sonrisas más encantadoras. “Cuatro si quieres unirte a nosotros.”

La cantinera preparó los tres tragos y se los dio. “Por cuenta de la casa,” le dijo. “Ven a buscarme al final de la noche.”

Una invitación que él tenía la intención de aceptar. Tenía que hacer algo para olvidar a Lana, y estaba dispuesto a comenzar con la otra cantinera. Ella no era tan sexy, y nadie se compararía con Lana, pero eso no importaba. Su corazón no podría aguantar una noche con Lana Kelly. Ella era del tipo que un hombre guardaba...

CAPÍTULO UNO

Un sonido constante de los monitores llenó la habitación. El constante tintineo era suficiente para que un hombre perdiera la cabeza. Demonios, los eventos de los últimos días casi habían acabado con Sullivan Brady. La habitación blanca y oscura era cegadora en su intensidad, y la pálida piel de Lana casi brillaba contra ella. Una sola luz estaba encendida sobre su cama, dejando el resto de la habitación en relativa oscuridad. Ella permanecía inconsciente, como lo había estado durante dos semanas. Un coma inducido médicamente, los médicos les habían asegurado que todo era necesario.

Sullivan se dirigió lentamente hacia su lado de la cama. No quería molestarla aunque se dio cuenta de que era imposible. Ella fue drogada para dormir a pesar de todo, e incluso una estampida a través de su habitación no la despertaría. A veces él deseaba que lo hiciera. Tenía que ver sus ojos abiertos y escuchar su voz descarada mientras lo arrastraba sobre las brasas.

No había querido dejar a Lana, pero otros lo habían forzado a irse. Su madre tenía un reclamo más grande que el suyo pero ninguno de ellos entendía. Mientras ella yacía en la cama del hospital, él no podía irse y apenas funcionaba. Todo el mundo pensó que se había ido, pero se había vuelto escaso cuando otros estaban alrededor. No podía dejar que se dieran cuenta de la cantidad de terror que llenaba su corazón cuando se enteró de su accidente automovilístico. Si hubiera una posibilidad remota, ella podría... no, él ni siquiera pensaría en esa posibilidad. Ella estaba bien. Él se había asegurado de que ella tuviera el mejor cuidado. Si la perra psicópata, Imogen Duncan, no hubiera intentado asesinar a su propia hermana, Jessica Sousa, nada de esto habría sucedido. Lana hubiera estado a salvo. En cambio, había quedado atrapada en el fuego cruzado de una venganza de años.

“Señor Sullivan,” dijo una enfermera. “Todos pensamos que se había ido a casa.”

Negó con la cabeza y no la miró. “Tenía que verla otra vez antes de que pudiera irme.” A decir verdad, haría uso del oficio que había adquirido cuando Daniella recibió un disparo hace un par de meses. Había dormido allí cuando se vio obligado a descansar. Él estaba allí otra vez más temprano, tratando de no pensar en Lana y su condición. Algo lo había hecho ponerse de pie y regresar a su habitación. Ahora que estaba allí, nada podía apartar su

mirada de la forma inconsciente de Lana en la cama de hospital. Se le formó un nudo en la garganta y no desapareció. Había perdido tanto tiempo apartándola. ¿Por qué tenía que ser un maldito idiota? Si pudiera regresar... No, pensar de esa manera no ayudaba en nada.

No hubo cambio en el camino que se encontraron tomando. Lana también lo había apartado a él. Ambos habían tomado esa decisión; sin embargo, tal vez era hora de averiguar cuáles eran sus motivos. Tenía que haber una forma de dejar de lado sus diferencias y descubrir si tenían futuro. Esta era la llamada de atención que había necesitado para ponerle un poco de sentido a su cabeza obstinada.

“Es bueno que estés aquí,” le dijo la enfermera. “El doctor decidió que era hora de despertarla. Detuvieron hace unas horas la medicina que la mantenía dormida. Puede que se despierte pronto, y será bueno para ella ver una cara conocida.”

Él levantó la cabeza para mirarla a los ojos. “¿Por qué nadie dijo algo antes? Su madre debería estar aquí...” No él, nunca él. Probablemente ella tendría algún tipo de revés al verlo primero. Ellos no estaban en un buen lugar todavía. Él tenía la intención de cambiar eso, pero ella necesitaría tiempo para aclimatarse a él.

La señora Kelly debería estar allí con su hija. Él debería llamarla. Cerró sus ojos y suspiró. Era tarde y todos los demás estarían dormidos en la mansión. Estarían todos aquí por la mañana y eso era suficientemente pronto para darse cuenta de que Lana estaría despertando. No deberían haber decidido hacer esto en medio de la maldita noche. Si no hubiera pagado al hospital una enorme cantidad de dinero por el privilegio de ir y venir a su antojo, incluso él no habría estado allí.

“El doctor no quería añadirle ansiedad,” explicó la enfermera. “Su corazón pasó a través de mucho estrés. La rasgadura puede haber sido pequeña, pero si no la hubieran atrapado a tiempo habría muerto. El doctor West está siendo precavido.”

¿Por qué la enferma tenía que repetir cómo Lana podría haber muerto? El recordatorio lo miraba a la cara cada vez que la veía acostada en la cama del hospital. La experiencia entera era una pesadilla de la que desearía poder despertar. Tristemente, la realidad siguió golpeándole en el rostro. Cada día se derramaba una nueva dosis, lo que le hacía arrepentirse de muchas de las decisiones que había tomado en el camino.

“¿Él va a estar aquí cuando ella despierte?”

La enfermera mordisqueó su labio. Preston estaría mejor allí cuando Lana abriera sus ojos. Esta era su idea, y él era su doctor. A Sullivan no le gustó cómo la enfermera se estancó. Quería sacarle las respuestas, pero apenas se abstuvo de hacerlo.

“La cuestión es que es difícil saber cuándo se irán las drogas de su sistema. Debemos vigilarla y llamarlo de inmediato cuando ella se despierte. Él estará aquí lo más pronto posible una vez que esté consciente.”

A Sullivan no le gustó; sin embargo, tenía un poco de sentido. El equipo médico en el Envill East era el mejor. Tenía que confiar en que ellos harían su trabajo. No podía hacer nada para ayudar a Lana, excepto pasar el rato junto a su cama y rezar para que pasara la prueba. Lo mató mirarla y permanecer impotente.

“¿Debería quedarme?” Quería, y al mismo tiempo lo aterrorizaba. “El doctor está haciendo esto ahora por una razón. ¿Mi estada aquí la lastimará?” Él preferiría cortar su propio corazón antes que dañarla de ninguna manera.

“Está bien si estás aquí.” La enfermera le sonrió. “Como dije al entrar, es bueno que al menos una persona esté aquí cuando despierte. Una multitud podría ser demasiado, y durante el día tiene más visitas.”

Lana tenía mucha gente que se preocupaba por ella. Merecían estar en su vida mucho más que él. Alguien mejor que él debería estar allí para ella, pero como él era todo lo que tenía allí en ese momento, haría lo que pudiera.

“¿Ella puede despertarse en cualquier momento?” preguntó.

“Espero que pronto,” respondió la enfermera. “Te dejaré solo con ella. Presiona el botón de llamada si se despierta, y vendré directamente.”

Él asintió y acercó una silla para sentarse al lado de la cama de Lana. Él no se iría, incluso si una parte de él quería correr lo más lejos posible. No quería evitarla a ella, sino a los sentimientos que ella había provocado dentro de él. Algunas veces los antiguos hábitos eran difíciles de romper. Habían tenido esta relación burlona que bordeaba la burla desde hace años. No entendía por qué Lana parecía odiarlo, pero permitió sus comentarios sarcásticos porque a veces creía que los merecía. Además, no creía que ella realmente llevara tanta antipatía hacia él. La mayor parte fue un juego que jugaron y no pudieron parar. Sullivan la respetaba más de lo que respetaba a cualquier mujer fuera de su familia. Por ella, él trataría de ser un mejor hombre. No estaba completamente seguro de que fuera capaz de eso...

Un dolor filoso la apuñaló en su cabeza, y en su respiración. Oh, Dios... ¿Quién la había golpeado en el pecho y había puesto un peso pesado sobre ella también? ¿Qué era ese pitido? ¿Dónde demonios estaba? Movi6 su mano y arañ6 su costado, tratando de descubrir qu6 estaba pasando. Un material suave llen6 su mano cuando la apret6 con fuerza. Su respiraci6n se volvi6 a6n m6s irregular, y el pitido se hizo m6s fuerte, chirriando en sus o6dos. El crujido de metal y cristales rotos se unieron al pitido que se mezclaba en un caos de sonidos. Hicieron eco a su alrededor trayendo de vuelta el momento en que su autom6vil hab6a sido golpeado y ca6do al costado de la carretera. El dolor punzante se extendi6 a trav6s de ella paraliz6ndola en su lugar. El p6nico se apoder6 de ella mientras intentaba recuperar la sensaci6n de control sobre s6 misma y su entorno.

“Shh,” dijo un hombre.

La tranquiliz6 de una manera que no pudo explicar del todo. No se hab6a dado cuenta que estaba gritando hasta que su voz llen6 sus o6dos. ¿Qui6n estaba all6 con ella? Lentamente abri6 sus ojos y no encontr6 nada m6s que indistinci6n. Parpade6 varias veces hasta que 6l se enfoc6. El apuesto demonio que no dejaba sus pensamientos, no importaba cu6ntas veces intentara expulsarlo de ellos, la miraba con preocupaci6n. Esa no pod6a ser una buena se6al. “¿Sully?” Su garganta estaba en carne viva, haciendo su voz ronca.

Sus mechones oscuros y sus ojos verde esmeralda eran solo parte de su belleza masculina. Era el paquete completo: boca pecaminosa, p6mulos cincelados y un cuerpo bien definido. L6stima que era un playboy consumado e inalcanzable. Probablemente eclipsar6a a Lucifer como el 6ngel ca6do m6s impresionante que existe. La misma definici6n de *maldad* describ6a a Sullivan Brady.

“No hables,” le dijo. “Traer6 a la enfermera.”

Ella extendi6 la mano y se aferr6 a su mu6eca para mantenerlo en su lugar. Normalmente 6l no ser6a su primera elecci6n como acompa6ante, pero estaba aterrorizada y 6l era el 6nico familiar a su alrededor. “No te vayas.”

“No me voy,” la tranquiliz6. “Voy a presionar el bot6n de llamada.”

6l hab6a mencionado a una enfermera. ¿Estaba en el hospital? Ten6a que estarlo; de lo contrario, nada de esto tendr6a sentido. ¿Qu6 raz6n podr6a tener Sullivan para estar all6? ¿D6nde estaba su madre? Lana se tom6 el tiempo para finalmente echar un vistazo a su entorno. Reconoci6 la habitaci6n, o m6s bien una de las habitaciones ubicadas en el hospital. Ella hab6a estado en ellos

antes de trabajar como enfermera. Había algunas salas de cuidados intensivos disponibles. Debe haber estado herida gravemente para estar en una de ellas. El pitido provenía de los monitores que la rodeaban. Ellos medían sus latidos del corazón, niveles de oxígeno, y presión sanguínea. Ella los miró, tomando nota de los números. No se veían mal...

“La bella durmiente despertó,” dijo otro hombre. Levantó la vista y se encontró con la mirada de Preston West. “¿Cómo te sientes?”

Se lamió los labios. Estaban un poco secos y agrietados. Tenía la boca tan reseca que su lengua se sentía como algodón. “¿Puedo tomar un poco de agua?”

“En un momento,” dijo el doctor West. “Déjame examinarte, y luego la enfermera puede traer algunos trocitos de hielo para ti.”

Ella asintió. “¿A dónde se fue Sullivan?” Él había dicho que no la dejaría. ¿Por qué se habría quedado? No era como si fuera algo para ella. En un momento ella había esperado ser más para él. Una tonta fantasía de niña que murió tan rápido como había cobrado vida.

“Estoy aquí,” dijo él. Ella volvió la cabeza a la dirección de la que provenía su voz. Estaba apoyado contra el alféizar de la ventana. Su mirada tenía una intensidad que envió escalofríos por su columna vertebral. La miraba como si nunca la hubiera visto antes. Ella tenía que estar imaginándolo. Sullivan Brady tenía mejores cosas que hacer que cuidarla en el hospital. Tendría que preguntar quién lo intimidó para que se sentara a su lado. Su madre debió haber necesitado un descanso, y él estaba haciendo algo honorable.

“No tienes que quedarte,” dijo. “Estoy bien ahora.”

“No me voy a ningún lugar Lisanna,” dijo firmemente.

Una parte de ella que creía haber enterrado, cobró vida al usar su verdadero nombre. No había sido llamada Lisanna en años y había hecho que todos la llamaran Lana. Incluso su documentación en el hospital reflejaba el uso de su apodo. No muchas personas la recordaban como Lisanna. Su madre todavía la llamaba así en ocasiones, generalmente cuando estaba molesta. Sullivan no la había llamado Lisanna en tanto tiempo que olvidó cómo sonaba saliendo de su boca. Algo *había* cambiado en él, pero no estaba segura si le agradaba.

Lana decidió ignorarlo y dirigir su atención hacia Preston. “¿Qué me pasó?”

“Estuviste en un accidente con Jessica,” respondió. “¿Qué recuerdas?”

Un destello de luz llenó su mente y luego el crujido del metal contra el metal. Las llantas chirriando y el dolor, había sido tan horrible.

La enfermera entró y le entregó un vaso con trocitos de hielo. Lana se metió una cucharada en la boca y se recordó a sí misma que el accidente había terminado. No quería volver a vivirlo nunca más, pero temía que la persiguieran pesadillas durante un tiempo. Después de tragarse los trozos de hielo, levantó la vista hacia Preston y respondió su pregunta: “La estaba llevando al hospital.” Lana no quería decirle nada más. Puede que Jessica aún no le haya confesado todo a él, y aunque creía que tenía derecho a saberlo todo, no era un secreto para que Lana revelara. “Un carro nos golpeó en el camino.”

“Eso es correcto,” dijo él. “Jessica está bien. Tuvo su procedimiento y se fue a casa hace un par de semanas. Estará feliz de ver que estás despierta.”

Lana frunció el ceño. “¿No estaba herida?”

“No dije eso,” dijo Preston. “Ella requirió cirugía fuera del procedimiento para el que estaba programada. Sin embargo, te lastimaron mucho peor.”

Si Lana leía entre líneas, entonces Preston estaba al tanto del procedimiento por el que Jessica había venido. Aun así ella no se arriesgaría. Después de hablar con Jessica, tendría una mejor comprensión de lo que estaba pasando con ella.

“¿Qué me pasó a mí?”

“Esa perra, Imogen, quería vengarse de su hermana y te sacó de la carretera,” escupió Sullivan. “Será procesada por intento de asesinato.”

Preston lo fulminó con la mirada. “Ahora no es el momento para eso.”

Los labios de Sullivan formaron una delgada línea. Estaba enojado... ¿Quién era la hermana de Imogen? ¿Él quiso decir Jessica? Su cabeza le dolió pensando en eso. Se pasó los dedos por la sien y luego volvió su atención a Preston. Su ira parecía dirigida a Imogen. ¿Se dio cuenta de su propia culpabilidad? Él había salido con ella y lo había acogido en sus vidas. A Lana no le había gustado Imogen desde el principio, y eso había sido antes de que Sullivan comenzara a salir con ella. Por supuesto, no había ayudado que le gustara la muñeca rubia, pero ese no era el punto. No la había visto por más que una cara bonita y quería culpar a otros por las acciones de Imogen. Imogen, y solo Imogen, era la responsable de los estragos que había causado.

“Tuviste una pequeña rasgadura en la membrana alrededor de tu corazón. Una de tus costillas perforó un pulmón y también cortó tu corazón.

Afortunadamente no estaban lejos del hospital y los primeros en responder reaccionaron rápidamente, o es posible que no hubieras sobrevivido.”

Lana tragó saliva. Una rasgadura en el corazón puede haber sido fatal. Era afortunada de haber sobrevivido. Si hubiera sucedido en otro lugar, y si Preston no hubiera sido su médico... Ella sacudió el pensamiento. Las cosas pasan por una razón. No estaba segura de lo que era en ese momento, pero lo resolvería más tarde.

“¿Cuánto tiempo estuve fuera?”

“Demasiado tiempo,” Sullivan murmuró en voz baja.

Preston lo fulminó con la mirada otra vez. ¿Sullivan había estado allí más tiempo de lo que había pensado? Ella haría más preguntas después de que descansara. Sorprendentemente, todavía estaba cansada, y había estado durmiendo durante días. Estar herida apestaba.

“Sullivan tiene razón,” dijo Preston en un tono alegre. Probablemente estaba tratando de engatusarla o hacer que no se preocupara. Una lesión en el corazón era grave, y si su presión arterial aumentaba, podría complicar las cosas. “Has estado inconsciente por una semana. Creo que estarás aquí otra semana antes de que me sienta cómodo soltándote.”

Lana gimió. “Odio ser una paciente.”

“A nadie le gusta estar en el hospital,” dijo Preston y se rio a la ligera. “No te preocupes. Lo haremos lo más fácil posible para ti. Te dejaré para que puedas descansar.” Luego miró a Sullivan y dijo con firmeza: “Diez minutos y luego tienes que partir también.”

Extrañamente, Sullivan asintió con la cabeza sin discutir. Lana no debería sorprenderse por estar de acuerdo. Lana y Sullivan no tenían una relación fácil, y probablemente estaba ansioso por salir disparado de la habitación. Preston y la enfermera salieron dejándola sola con Sullivan.

“No necesito que te quedes los diez minutos completos,” dijo Lana. “Estoy bastante cansada. ¿Puedes decirle a mi madre que me gustaría verla en la mañana?”

“Lo haré,” estuvo de acuerdo. “Y no permaneceré mucho tiempo. Quería asegurarme de que estabas bien antes de seguir al doctor.”

¿Por qué estaba tan preocupado? Nunca actuó como si le importara mucho. Él había sido una molestia en su vida. Casi *fraternal*. Ella reprimió un gemido y mentalmente rodó sus ojos ante ese recuerdo de hace mucho tiempo. Ella no era su maldita hermana y tal vez algún día le diría eso. “Estoy bien,” le dijo. “O lo estaré en algún momento. Nada que un pequeño descanso no curará.”

“No bromees sobre eso,” dijo secamente. “Casi mueres. Yo...” Cortó lo que estaba a punto de decir. Ella quería pedirle que continuara pero se abstuvo de insistir en el tema. Sobre todo porque estaba demasiado cansada para discutir con él, y en parte por la expresión de dolor en su rostro. Algo sobre esto la hizo sentir incómoda y le hizo pensar que sería mejor no tener una idea del funcionamiento interno de la mente de Sullivan.

Lana suspiró. “No entiendo lo que está pasando contigo, y ahora estoy demasiado agotada para tratar de descifrar tu estado de ánimo. Si no te importa, voy a descansar, y cuando trabajes sobre lo que está sucediendo en esa cabeza tuya, por favor hazme un favor y déjame fuera de esto.”

Ella cerró sus ojos esperando que él se fuera; después de todo, ella esencialmente lo había echado. Lana debería haberse dado cuenta de que no sería simple. Sullivan nunca hacía las cosas de la manera fácil. Abrió los ojos para encontrarse con su mirada y contuvo la respiración. La forma en que la miraba, era casi como si no existiera nadie más en ese momento excepto los dos.

“Lisanna,” dijo él. Ella comenzó a decirle que no la llamara así, pero la hizo callar colocándole un dedo sobre su boca. “No discutas.” Él acarició su cabello casi amorosamente. “Cuídate. Volveré por la mañana con tu madre.” Entonces él hizo algo que nunca había hecho antes. Se inclinó y presionó sus labios en los de ella brevemente. El impacto la sacudió y la dejó sin palabras. Después de que él se fuera, ella levantó su mano para tocar sus labios con las yemas de sus dedos. ¿En qué realidad alternativa se había despertado?

ACERCA DEL AUTOR

USA TODAY: La autora de bestsellers, DAWN BROWER, escribe romance histórico y contemporáneo. Siempre hay historias dentro de su cabeza; ella nunca pensó que podría hacerlas cobrar vida. Esta creatividad finalmente encontró una salida.

Al crecer, ella era la única niña de seis hijos. Es madre soltera de dos adolescentes; nunca hay un momento aburrido en su vida. Leer libros es su pasatiempo favorito y ama todos los géneros.

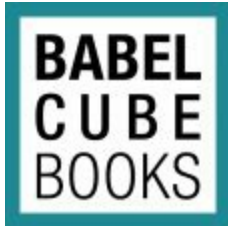
Para obtener más información acerca de los próximos lanzamientos o para contactar a Dawn Brower, vaya a su sitio web: authordawnbrower.com

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com